BIBLIOTECA
DE
INICIACION FILOSOFICA

SAINT-SIMON

CATECISMO POLITICO DE LOS INDUSTRIALES

AGUILAR
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA DE INICIACION FILOSOFICA

CATECISMO POLITICO DE LOS INDUSTRIALES

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES
BIBLIOTECA

Nº 69

SAINT-SIMON

CATECISMO POLITICO DE LOS INDUSTRIALES

Traducción del francés de
LUIS DAVID DE LOS ARCOS

Prólogo de
MARIANO HURTADO BAUTISTA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL
DE MEXICO
INVESTIGACIONES SOCIALES

BIBLIOTECA DE INICIACION FILOSOFICA

AGUILAR

MADRID — BUENOS AIRES — MEXICO

El título francés de esta obra de
CLAUDE-HENRI DE ROUVROY, CONDE DE SAINT-SIMON
(1760-1825)
es
CATECHISME POLITIQUE DES INDUSTRIELS
Más la autobiografía titulada
VIE DE SAINT-SIMON ECRITE PAR LUI-MEME
Fechada de 1808 a 1812

CLASIF. HX265.S4
ADQUIS. Ds-3618
FECHA: 1964-65
PROCED. [illegible]
[illegible]

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
INVESTIGACIONES SOCIALES
ES PROPIEDAD

Queda hecho el depósito que marca la ley Nº 11.723.
Copyright © 1960, by M. Aguilar, Editor, Buenos Aires.

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

PROLOGO

CUARTO FRAGMENTO

(1812)

Desde hace quince días estoy a pan y agua; trabajo sin ardor, y he vendido incluso mis trajes para atender a los gastos de los ejemplares de mi trabajo. Es la pasión por la ciencia y por la felicidad pública, es el deseo de hallar un medio para concluir, de una forma sosegada, la espantosa crisis en la cual se halla sumergida toda la sociedad europea, lo que me ha hecho caer en este estado de penuria. Por ello me es dado, sin avergonzarme, hacer confesión de mi miseria y pedir los auxilios necesarios para ponerme en estado de continuar mi obra.

CATECISMO POLITICO DE LOS INDUSTRIALES

P. – ¿Qué es un industrial?

R. – Un industrial es un hombre que trabaja en producir o en poner al alcance de la mano de los diferentes miembros de la sociedad uno o varios medios materiales de satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos; de esta forma, un cultivador que siembra trigo, que cría aves o animales domésticos, es un industrial; un aperador, un herrero, un cerrajero, un carpintero, son industriales; un fabricante de zapatos, de sombreros, de telas, de paños, de cachemiras, es igualmente un industrial; un negociante, un carretero, un marino empleado a bordo de los buques mercantes, son industriales. Todos los industriales reunidos trabajan para producir y poner al alcance de la mano de todos los miembros de la sociedad todos los medios materiales para satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos, y forman tres grandes clases que se llaman los cultivadores [1], los fabricantes y los negociantes.

[1] "Cultivateurs" en el original. Entiéndase un término que abarca agricultores y granjeros. (N. del T.)

BIBLIOTECA
IIS UNAM

P. – ¿Qué rango deben ocupar los industriales en la sociedad?

R. – La clase industrial debe ocupar el primer rango, por ser la más importante de todas, porque puede prescindir de todas las otras, sin que éstas puedan prescindir de aquélla; porque subsiste por sus propias fuerzas, por sus trabajos personales. Las otras clases deben trabajar para ella, porque son creación suya y porque les conserva su existencia; en una palabra: realizándose todo por la industria, todo debe hacerse para la industria.

P. – ¿Qué rango ocupan los industriales en la sociedad?

R. – La clase industrial, debido a la actual organización social, está ocupando la última de todas. El orden social concede todavía más consideración a los trabajos secundarios e incluso a la inactividad, que a los trabajos más importantes, los de utilidad más directa.

P. – ¿Por qué la clase industrial, que debe ocupar el primer rango, se halla situada en el último? ¿Por qué quienes de hecho son los primeros se hallan clasificados como los últimos?

R. – Explicaremos el porqué a lo largo de este catecismo.

P. – ¿Qué deben hacer los industriales para pasar desde el rango inferior en que se hallan situados al superior que les pertenece por derecho?

R. – En este catecismo diremos el procedimiento que

deben adoptar para operar dicha mejora en su existencia social.

P. – ¿Cuál es la naturaleza del trabajo que habéis emprendido? De otra forma: ¿qué os proponéis al hacer este catecismo?

R. – Nos proponemos indicar a los industriales los medios para que aumenten en un máximo posible su bienestar; nos proponemos hacerles conocer los medios generales que deben utilizar para acrecentar su importancia social.

P. – ¿De qué forma lo haréis para alcanzar ese fin?

R. – Por una parte, presentaremos a los industriales el cuadro de su verdadera situación social; haremos que vean cómo es subalterna y, por consiguiente, muy inferior a lo que debe ser, puesto que son la clase más capaz y más útil de la sociedad.

Por otra parte, les trazaremos la marcha que deben seguir para situarse en el primer rango, bajo el aspecto de la consideración y del poder.

P. – ¿Así, pues, predicáis en este catecismo la insurrección y la revuelta? Porque las clases que se encuentran especialmente investidas del poder y de la consideración no están, a buen seguro, dispuestas a renunciar voluntariamente a las ventajas de las cuales disfrutan.

R. – Lejos de predicar la insurrección y la revuelta, presentaremos el único medio que puede impedir la violencia con la cual podría verse amenazada la sociedad, y a la cual escaparía difícilmente, si la potencia industrial

continuase su pasividad en medio de las facciones que se disputan el poder.

La tranquilidad pública no podrá ser estable mientras los industriales más importantes no se encarguen de dirigir la administración de la riqueza pública.

P. – Explicadnos esto y decidnos por qué la tranquilidad pública se vería amenazada si los industriales más importantes no son encargados de dirigir la administración de la riqueza pública.

R. – La razón es muy sencilla: la tendencia política general de la inmensa mayoría de la sociedad es la de ser gobernada lo más barato posible; ser gobernada lo menos posible; ser gobernada por los hombres más capacitados y de una forma que asegure completamente la tranquilidad pública. Ahora bien, el único medio de satisfacer, bajo estos distintos aspectos, los deseos de la mayoría consiste en conceder a los industriales más importantes la dirección de la fortuna pública; porque los industriales más importantes son los más interesados en el mantenimiento de la tranquilidad; son los más interesados en la economía de los gastos públicos; también son los más interesados en la limitación de lo arbitrario; por último, los industriales más importantes son, entre todos los miembros de la sociedad, aquellos que han dado pruebas de la mayor capacidad en administración positiva, los éxitos que han obtenido en sus empresas particulares han contrastado su capacidad en ello.

En el actual estado de cosas, la tranquilidad pública

está amenazada, porque la marcha del gobierno se halla en directa oposición con las más positivas intenciones de la nación. Lo que la nación desea principalmente es ser gobernada lo más barato posible, y jamás al gobierno le ha costado más caro que ahora; le cuesta mucho más que antes de la revolución. Antes de la revolución, la nación estaba dividida en tres clases: los nobles, los burgueses y los industriales. Los nobles gobernaban; los burgueses y los industriales les pagaban.

Hoy en día, la nación tan sólo está dividida en dos clases; los burgueses, que hicieron la revolución y que la dirigieron hacia sus intereses, anularon el privilegio exclusivo de los nobles a explotar la riqueza pública; pues bien, habiendo conseguido su admisión en la clase de los gobernantes, resulta que hoy los industriales son los que tienen que pagar a nobles y burgueses. Antes de la revolución, la nación pagaba 500 millones en concepto de contribuciones; hoy en día, paga mil millones, y los mil millones no bastan; el gobierno, con frecuencia, solicita empréstitos considerables.

La tranquilidad pública se verá más y más amenazada, porque las cargas irán, necesariamente, aumentando sin parar. El único medio de impedir las insurrecciones que podrían llegar consiste en que los más importantes industriales sean encargados del cuidado de dirigir la administración de la riqueza pública, es decir, del cuidado de preparar el presupuesto.

P. – Lo que acabáis de decirnos es muy bueno, muy

interesante y de la mayor importancia; pero no nos instruye directamente sobre lo que deseamos saber. El punto que os rogamos nos aclaréis es el siguiente: ¿Es posible hacer salir de la alta dirección de los intereses pecuniarios de la sociedad a los nobles, militares, legistas y rentistas que la tienen en sus manos, en una palabra, a las clases que no son industriales, para hacerla pasar a manos de los industriales, sin utilizar procedimientos de violencia?

R. – Los medios violentos valen para derribar, para destruir, pero sólo sirven para eso. Los medios pacíficos son los únicos que pueden ser empleados para edificar, para construir, en una palabra, para establecer las constituciones sólidas. Pues bien, el acto de investir a los más importantes industriales con la dirección suprema de los intereses pecuniarios de la nación es un acto de construcción; es la disposición política más importante que pueda ser tomada; esta disposición servirá de base a un edificio social completamente nuevo; esta disposición acabará la revolución y pondrá la nación al abrigo de nuevas sacudidas. Los más importantes de entre los industriales cumplirán gratuitamente la función de preparar el presupuesto, y resultará que esta función sólo será muy débilmente deseada. Los industriales que preparen el presupuesto se propondrán como fin la economía en la administración de los negocios públicos; por ello, a los funcionarios únicamente darán remuneraciones moderadas. Como quiera que entonces los empleos de funcionario se verán mediocremente buscados, su número disminuirá considerablemente, de forma que el de aspirantes disminuirá igualmente, y, necesariamente, se establecerá un orden en el cual gran número de cargos serán ejercidos gratuitamente, porque los ricos ociosos no hallarán ningún otro medio para procurarse la consideración.

Cuando se estudia el carácter de los industriales y la conducta que han observado durante la revolución, se reconoce que son esencialmente pacíficos. Y no fueron los industriales quienes hicieron la revolución, sino los burgueses, es decir: fueron los militares que no eran nobles, los legistas que eran plebeyos, los rentistas que carecían de privilegios. Todavía hoy en día, los industriales no hacen más que un papel secundario en los partidos políticos existentes, y carecen, en absoluto, de opinión y de partido político que les sea propio. Se inclinan más hacia la izquierda que hacia la derecha, porque las pretensiones de los burgueses chocan menos con las ideas de igualdad que aquellas de los nobles; pero, para nada se dejan llevar por las ideas de los liberales: por encima de todo, desean tranquilidad. Los conductores de los liberales, fuera y dentro de la cámara, son generales, legistas, rentistas. Los nobles y los burgueses desean ser encargados de la administración de la riqueza pública, principalmente para explotarla en provecho propio. Por el contrario, los industriales más importantes desearían verse encargados de ello para imponer la mayor economía posible.

BIBLIOTECA
IISUNAM

Los industriales saben, lo saben bien, que son los más capaces para dirigir como es debido los intereses pecuniarios de la nación, pero no llevan hacia delante esta idea por temor a turbar momentáneamente la tranquilidad; esperan pacientemente a que la opinión se forme con respecto a eso y el que una doctrina verdaderamente social les llame al timón de los negocios públicos.

De cuanto acabamos de decir, sacamos la conclusión de que los medios pacíficos, es decir, que los medios de discusión, demostración y persuasión, serán los únicos que los industriales emplearán o apoyarán para hacer salir la alta dirección de la riqueza pública de las manos de los nobles, militares, legistas, rentistas y funcionarios públicos y, al mismo tiempo, hacer que pase a las de los más importantes de entre los industriales.

P. – Admitamos provisionalmente que los industriales no intentarán utilizar la violencia para hacer salir de las manos de los nobles y burgueses la alta dirección de los intereses pecuniarios de la sociedad y, al mismo tiempo, hacerla pasar a las de los más importantes de entre ellos; no obstante, de las pacíficas intenciones de los industriales no deducimos la prueba de que dicha clase social esté en condiciones de situarse en el primer rango; por consiguiente, rogamos que nos digáis cuáles son los medios de los industriales para operar en la sociedad el radical cambio de que estamos tratando.

R. – Los industriales integran más del veinticuatro de

los veinticincoavos de la nación; por consiguiente y en cuanto a fuerza física, poseen la superioridad.

Ellos son quienes producen todas las riquezas; por consiguiente, poseen la fuerza pecuniaria.

También poseen la superioridad bajo el aspecto de la inteligencia, puesto que son sus combinaciones las que contribuyen más directamente a la prosperidad pública.

Por último, dado que son los más capacitados para administrar bien los intereses pecuniarios de la nación, tanto la moral humana como la divina llaman a los más importantes de entre ellos a la dirección de las finanzas.

Así pues, los industriales están investidos de todos los medios necesarios; están investidos de medios irresistibles para operar la transición en el organismo social que les haga pasar de la clase de gobernados a la de gobernantes.

P. – La unión hace la fuerza; por no estar unidos los industriales, se ven dominados por los nobles, los militares, los legistas, los rentistas y los funcionarios públicos. No cabe la menor duda de que siendo, bajo todos los aspectos importantes, de una superioridad tan manifiesta, su unión simplemente bastaría para investirles de la dirección suprema de los negocios comunes; no cabe la menor duda de que no se verían precisados a utilizar la violencia para que las otras clases reconozcan tal superioridad, las cuales, incluso unidas, son demasiado inferiores en fuerza, con relación a la industrial, para

que puedan intentar disputarle el poder. Pero, en virtud de la naturaleza misma de la cosas ¿no existe un obstáculo radical para la unión de los industriales? Nos sentimos inclinados a creer que sí y fundamos esta creencia en el solo hecho de que, pese al interés puesto por los industriales para conseguir su unión desde los orígenes de la sociedad, constantemente se han dejado dominar por las clases no industriales.

R. – Cuando los francos hubieron conquistado las Galias y se repartieron el territorio, se vieron, al mismo tiempo, convertidos en sus jefes militares e industriales. Y fué progresivamente cómo la clase industrial se separó de la militar, cómo fué adquiriendo importancia, cómo se dio jefes distintos a los jefes militares, y solamente hoy en día posee la fuerza y los medios suficientes para constituirse en primera clase de la sociedad; de aquí que cometeríase un error al deducir del hecho de que los industriales formen, desde hace 1.400 años, la clase inferior de la nación francesa, el que estén destinados para siempre al último rango y el que hoy no puedan elevarse al primer grado del poder y de la consideración. Una recapitulación rápida de los progresos políticos de la industria y de los industriales, desde el origen de nuestra sociedad francesa hasta el día de hoy, pondrá esto perfectamente claro.

P. – El examen que vamos a hacer es de la mayor importancia; su importancia es tal que debe cambiar totalmente el aspecto de las cosas en política, que debe

imprimir a la política un carácter enteramente nuevo, que debe cambiar la naturaleza de esta rama de nuestros conocimientos. Hasta el presente, la política no ha sido más que una ciencia conjetural, o dicho de otra forma: no se ha actuado ni hablado en política más que por rutina.

Cuando este examen esté concluso, se podrán apoyar los razonamientos sobre hechos observados, sobre una serie de mil cuatrocientos años de observaciones. Por consiguiente, es en extremo deseable que dicho examen sea fácil de asimilar, juzgar y retener. Para alcanzar este fin, proponemos que dividáis vuestra capitulación en cuatro partes o épocas, a saber:

Desde el establecimiento de los francos en las Galias hasta la primera cruzada.

Desde Luis XI hasta el reinado de Luis XIV, ambos comprendidos.

Desde el reinado de Luis XIV hasta el establecimiento del sistema de crédito.

Y tras esa gran serie de hechos, diréis lo que debe acontecer a la clase industrial.

Así pues, ante todo, os preguntamos cuáles han sido los progresos realizados por la industria, así como la importancia adquirida por los industriales, desde el establecimiento de los francos en las Galias hasta la primera cruzada.

R. – Desde el establecimiento de los francos en las Galias hasta la primera cruzada tuvo lugar una opera-

ción política de la mayor importancia, una operación que preparó todos los progresos que han tenido lugar desde aquella época en la civilización y, por consecuencia, en el progreso de la industria; porque los progresos en industria son los más positivos de todos. Esta operación consiste en la amalgama de los vencedores y vencidos, en la formación de la nación francesa compuesta de francos y galos.

Los progresos posteriores de la industria se han preparado durante aquella época, pero no se realizó ninguno que merezca ser citado.

Los francos, que eran los jefes militares de la nación, eran, al mismo tiempo, los directores de los trabajos industriales: casi todas las tierras les pertenecían; también se habían apoderado de los instrumentos de la cultura, a cuya cabeza figuraban los galos, los cuales, por estar apegados a la tierra (*gleba*) formaban la primera clase de los animales domésticos.

Los fabricantes de groseros instrumentos agrícolas también estaban en esclavitud y, por consiguiente, bajo la dirección de los francos; por último, la fabricación de los tejidos con los cuales se vestía estaba dirigida por las mujeres de los francos, que se habían de ejecutar bajo sus propios ojos y en sus castillos. Durante este lapso de tiempo, los artesanos, pese a seguir en la esclavitud, adquirieron importancia y consiguieron formarse un peculio que escondieron con cuidado.

P. – ¿Qué ocurrió desde la primera cruzada hasta

el reinado de Luis XI? ¿Cuáles han sido los progresos de la industria? ¿Cuáles son las causas que han determinado tales progresos?

R. – Las cruzadas ocasionaron dispendios muy considerables a los aristócratas, es decir, a los francos: sus ingresos resultaron insuficientes para satisfacerlos. Se vieron obligados, para procurarse las sumas que precisaban, a vender franquicias a los galos que se hallasen en condiciones para pagarlas.

Los galos que adquirieron la mayor parte de tales franquicias fueron los artesanos que habían tenido, más que los otros, ocasiones y medios para hacerse con un peculio.

Los francos también vendieron tierras a los galos que por cualesquiera medios habían conseguido procurarse dinero; y así fué cómo las cruzadas determinaron la formación de la clase industrial en cuanto a clase distinta de la clase militar.

La economía y la actividad de dicha clase acrecentaron en seguida su importancia desde la última cruzada al advenimiento de Luis XI.

Y también fueron las cruzadas las que determinaron el perfeccionamiento y acrecentamiento, en extensión y multiplicidad, de los trabajos industriales. Los nobles que habían ido a la ruina en sus expediciones asiáticas, se trajeron a Francia el gusto por el lujo, el placer de la galantería, y particularmente el muy vivo deseo de poseer bellas armas.

La galantería de los hombres desarrolló la coquetería de las mujeres; y las mujeres, al convertirse en coquetas, gustaron del lucimiento. Las muestras de los bellos tejidos fabricados en Asia inspiraron al bello sexo el deseo de poseer otros semejantes; de ahí, el origen del comercio exterior; de ahí, el origen de la fabricación de armas de lujo; de ahí, por último, el origen de la fabricación de todos los objetos *confortables* para una población hecha apta para saborear los goces delicados.

Resumiendo, en la época del advenimiento al trono de Luis XI, la clase industrial estaba bien diferenciada de la clase militar. Dicha clase estaba compuesta por tres estamentos, a saber:

Galos propietarios de tierras, cultivadores de tales tierras y que no eran militares.

Artesanos que han conseguido la libertad y que se han reunido en las ciudades.

Negociantes que importaban a Francia los tejidos fabricados en Asia y que hacían circular por el país los objetos de fabricación francesa.

P. – ¿Cuáles han sido los desarrollos de la industria desde Luis XI hasta Luis XIV, ambos comprendidos? ¿Cuáles han sido las causas del avance y de la importancia adquiridos por los industriales?

R. – En el siglo XV, la realeza ya había adquirido mucha fuerza en comparación con la que tenía en la época de la conquista de las Galias por los francos; época en la cual no era más que el generalato del ejército

de los francos, generalato nombrado por los jefezuelos cuyas tropas integraban aquel ejército.

Luis XI, al subir al trono, reconoció que la realeza no era todavía más que una institución política muy precaria, que todavía carecía de un carácter positivo y estable; reconoció que el poder soberano todavía pertenecía colectivamente a los barones; reconoció que el rey no era, otra cosa en realidad, que el barón más importante, y que se había conservado entre los descendientes de los jefezuelos, transformados en barones, la tradición de que el rey, para ellos, no era más que un *primus inter pares*, electivo y destituíble a su voluntad; por último, reconoció que el hecho en que debía fijar su atención consistía en esto: que en Francia, los barones unidos eran más fuertes y más poderosos que el rey, y que la realeza no tenía, en la constitución feudal, otro medio de conservar la supremacía que mantener la división entre los barones, al tiempo que conseguía la fidelidad de los más importantes para su partido.

Luis XI concibió el audaz proyecto de concentrar todo el poder soberano en las manos de la realeza, de anular la supremacía de los francos sobre los galos, de destruir el sistema faudal, de suprimir la institución de la nobleza y de constituirse en rey de los galos en lugar de ser jefe de los francos.

Para triunfar en tal proyecto, le era preciso combinar su autoridad con los intereses de una clase lo bastante

fuerte para sostenerle y para asegurarle el éxito de su empresa. Se alió con los industriales.

Los industriales deseaban que el poder soberano estuviese concentrado en las manos de la realeza, porque éste era el único medio de suprimir los obstáculos con los cuales se enfrentaba el comercio interior de Francia, por obra del efecto de la división del poder soberano; también deseaban convertirse en la primera clase de la sociedad, tanto por satisfacción de su amor propio, como por las ventajas materiales que resultarían del trabajo de hacer la ley, que la ley siempre favorece a quienes la hacen. En consecuencia, los industriales aceptaron la alianza que les fue propuesta por la realeza, y, desde aquella época, han permanecido constantemente ligados con ella.

Luis XI debe ser tenido como el fundador de la liga que se formó en el siglo XV entre la realeza y la industria contra la nobleza, entre el rey de Francia y los galos contra los descendientes de los francos.

Esta lucha entre el rey y los grandes vasallos, entre los jefes de los trabajos industriales y los nobles, duró más de doscientos años antes de que los poderes soberanos fuesen concentrados en las manos de la realeza, antes de que los nobles hubiesen cesado completamente de dirigir los trabajos industriales. Pero, por fin, Luis XIV vio afluir a sus antecámaras a los descendientes o sucesores de los jefezuelos más importantes, metamorfoseados después en barones, para solicitar plazas de domesticidad

en su casa; pero, por fin, la numerosa clase de los obreros no tuvo otros jefes, en sus trabajos, que los hombres salidos de sus filas, y a quienes su capacidad o su fortuna había puesto en estado de constituirse en empresarios de alguna operación industrial.

Resulta curioso observar cuál fué, en aquella lucha, la acción directa de los industriales con relación a los nobles, y los medios que utilizaron para hacerles perder toda la influencia que ejercían sobre los trabajos pacíficos. Esta observación hará conocer la diferencia radical que existe entre el carácter político de los nobles y el de los industriales, entre la conducta de los francos y de los galos.

Los industriales, los galos, entregados al cultivo, fueron a los castillos para hablar con los gentileshombres y, poco más o menos, utilizaron este lenguaje: Lleváis una vida muy triste en el estado de aislamiento propio del campo; el cuidado de dirigir el cultivo de vuestras propiedades no es ocupación digna de vuestro alto linaje, arrendadnos vuestras tierras y podréis pasar los inviernos en las ciudades y los veranos en el campo, sin que jamás debáis ocuparos de otra cosa que de vuestro placer; en las ciudades, nuestros colegas los fabricantes se apresurarán a haceros los más ricos y cómodos muebles; nuestros colegas los mercaderes os ofrecerán en sus tiendas las telas más convenientes para hacer resaltar los encantos de vuestras esposas, y nuestros colegas los capitalistas os prestarán dinero cuando lo necesitéis. En verano, cuando

vengáis a vuestros castillos, no tendréis más que ocuparos del placer de la caza, mientras vuestras esposas se divertirán haciendo cultivar flores en sus parterres.

Los nobles fueron seducidos por esta proposición; la aceptaron y, desde entonces, dejaron de tener importancia positiva en el estado, pues dejaron de ser los jefes del pueblo en sus trabajos cotidianos.

Lo notable, decimos ante el cambio determinado por los industriales, fué el carácter de su conducta, carácter completamente distinto al de la forma de proceder que existía en la sociedad antes de la formación de su clase.

Antes de la formación de la corporación de los industriales, en la nación no existían más que dos clases; a saber: la que mandaba y la que obedecía. Los industriales se presentaron con un nuevo carácter: desde el origen de su existencia política no buscaron el mando, ni tampoco la obediencia; introdujeron su forma de obrar punto por punto, ya fuese con los superiores, ya con los inferiores; no reconocieron otros amos que las combinaciones que conciliaban los intereses de las partes contratantes.

Ahora, si gustáis, pasaremos al examen de lo sucedido desde el siglo de Luis XIV hasta el establecimiento del sistema de crédito.

P. – Váis demasiado aprisa; queda un punto por aclarar. Parece ser que Luis XIV, tras haber hecho suyas las ventajas resultantes de su alianza con los industriales y de haber reducido a los grandes vasallos a la condición de prepararle la camisa y de servirle a la mesa, abandonó

por completo a los industriales; que únicamente se preocupó de adquirir una gran reputación como militar y como conquistador, de contruirse soberbios palacios y de hacer devorar, por sus cortesanos, todos los productos de los trabajos industriales. ¿Que podéis decirnos con respecto a esto?

R. – Desde luego, Luis XIV fué demasiado gastador; amó en demasía la guerra; pero no se tiene derecho a sacar la conclusión de que no rindió importantes servicios a la industria. Siguiendo sus órdenes, Colbert suministró fondos para el establecimiento de grandes talleres de fabricación; y con los fondos de su tesoro se creó la hermosa manufactura de Van-Robais, que tanto impulso dio a los trabajos en espléndidos tejidos de lana.

Por último, él fué quien combinó la alianza entre la capacidad científica positiva y la capacidad manufacturera. Creó la Academia de Ciencias, dándole, por principal y especial ocupación, el cuidado de aclarar y secundar los trabajos industriales.

Permitidnos haceros observar que esta recapitulación debe ser lo más rápida posible. Por consiguiente, os invitamos a que no nos hagáis entrar en mayor número de detalles, para pasar inmediatamente al examen de los progresos de la industria y de la importancia adquirida por los industriales desde el reinado de Luis XIV hasta el establecimiento del sistema de crédito, ambos comprendidos.

P. – Para acceder a tal deseo, os rogamos nos digáis

cómo los industriales han podido elevarse desde la posición social en extremo subalterna en que todavía se hallaban durante el reinado de Luis XIV, con relación a la nobleza, hasta la actitud de rivalidad que han adoptado, relativamente, contra todas las clases que no son industriales. En una palabra, os rogamos nos digáis cómo es posible que hoy en día la Chaussée-d'Antin se atreva a luchar con el arrabal de Saint-Germain.

R. – Antes del siglo XVIII, los cultivadores, los fabricantes y los negociantes se integraban en corporaciones separadas. Fué a finales del reinado de Luis XIV cuando los industriales de esas tres grandes ramas de la industria se aliaron financiera y políticamente, gracias a la creación de una nueva especie de industria, cuyos intereses particulares están en perfecto acuerdo con los intereses comunes a todos los industriales. La formación de dicha nueva rama de la industria dio a los industriales el medio para establecer el sistema de crédito.

Es en extremo importante observar con la mayor atención la marcha seguida por la organización del cuerpo de los industriales bajo el aspecto financiero y político; porque únicamente mediante el conocimiento de la forma en que se operó dicha organización, es posible concebir, de manera limpia y concreta, lo que los industriales deben hacer hoy en día para mejorar su existencia social; os rogamos que sigáis con la mayor atención lo que vamos a deciros.

La protección otorgada por Luis XIV a la fabricación y al comercio había sido causa de notable impulso en estas dos ramas de la industria; pero de bien tan grande había nacido un inconveniente: éste consistía en que tanto los manufactureros como los negociantes, habiendo multiplicado sus operaciones, debían efectuar sus pagos y sus ingresos en muchos y dispares sitios, de donde resultaba que el trabajo para saldar recíprocamente sus cuentas ocupaba gran parte de su tiempo.

Las necesidades hicieron surgir las fuentes: no tardó en formarse una nueva rama de la industria, la industria bancaria. Estos nuevos industriales acudieron a los fabricantes y negociantes y les dijeron:

"Empleáis mucho tiempo y hacéis grandes sacrificios para realizar vuestras entradas y salidas. Os proponemos encargarnos de tal tarea. Bien entendido de que nosotros realizaremos únicamente ese trabajo y de que todas las operaciones de esa clase serán realizadas por nosotros; nos será mucho más fácil y más barato realizar vuestros ingresos y pagos, mucho más que si los realizáis vosotros, pues por tal medio los traslados materiales de dinero se verán considerablemente reducidos, etc.".

La proposición de los banqueros fué aceptada por todos los negociantes y fabricantes, de forma que, a partir de aquella época, los banqueros son los que realizan todos los movimientos de dinero.

Los banqueros no tardaron en obtener un gran crédito, lo cual, necesariamente, debía resultar de que todos

los movimientos de dinero se efectuasen por su mediación.

Para sacar partido de su crédito, los banqueros lo prestaron con interés a los negociantes y a los fabricantes.

Los fabricantes y los negociantes, al disfrutar de un mayor crédito, pudieron extender sus operaciones y producir mayor cantidad de riqueza.

Por último, digamos que el resultado general, para la industria y para la sociedad, del establecimiento de la banca fué que el caudal, así como el gusto por las cosas confortables, recibió un gran incremento y que la clase industrial, desde aquel instante, pasó a poseer una fuerza pecuniaria mucho mayor que la de cualesquiera otras clases reunidas, e incluso mayor que el gobierno.

En tanto que los industriales habían realizado grandes progresos en capacidad, importancia y potencia real, las clases no industriales habían retrocedido en todos los aspectos; y, sin embargo, la realeza continuó eligiendo a los administradores de la riqueza pública entre los miembros de dichas clases.

La mala administración de la riqueza pública había provocado un déficit, que iba en progresivo aumento; hasta que en el año 1817, el tesoro público se halló en tan embarazosa situación que sus administradores no industriales no concebían ya ningún procedimiento para sacarlo del embarazo y cumplir con los compromisos económicos contraídos con el extranjero, todavía como consecuencia de las malas operaciones financieras que

había ocasionado la revolución y, consiguientemente, sembrando la anarquía en el reino, lo cual había acabado por poner a la nación francesa bajo la dependencia de las naciones extranjeras.

En estas circunstancias, los banqueros propusieron al gobierno que tomase todo el dinero que le fuese necesario, pero pusieron por condición:

1º Que el gobierno abandonara la bárbara conducta observada hasta entonces en las finanzas; que renunciase para siempre a declararse en quiebra; que adoptaría la conducta industrial, es decir: leal; que pagaría íntegramente a todos sus acreedores, fuese cual fuese el origen de la deuda.

2º Que este asunto sería tratado de voluntad a voluntad entre ellos, banqueros y gobierno; que las condiciones del empréstito serían debatidas entre ellos y los ministros cual un asunto entre simples particulares.

La proposición de los banqueros fué aceptada. Entonces se vio nacer el crédito público, y el crédito público otorgó a la institución de la realeza una solidez como nunca hasta entonces había tenido.

Aquí termina la recapitulación que habíamos prometido sobre los progresos realizados por la industria, así como de la importancia adquirida por los industriales desde el establecimiento de los francos en las Galias hasta nuestros días.

P. – Ahora os queda por decirnos la consecuencia que deducís de dicha recapitulación para el porvenir. Os

BIBLIOTECA
IISUNAM

queda darnos a conocer cuál es el destino futuro de los industriales; o mejor dicho, para explicarnos con claridad, os queda por establecer la marcha que deben seguir los industriales para situarse como la primera clase de la sociedad y para decidir a la realeza a que confíe la administración de la riqueza pública a los más importantes de entre ellos. Explicaos claramente con respecto a esto.

R. – Permitidnos que os diga que si satisfacemos inmediatamente el deseo que testimoniáis, que si pasamos inmediatamente de las consideraciones sobre el pasado a las consideraciones sobre el porvenir, procederíamos de una forma no metódica. El gran orden de las cosas intercala el presente entre el pasado y el porvenir; por consiguiente, debemos detenernos un momento en el presente antes de lanzarnos al porvenir.

He aquí, en pocas palabras, el estado presente de las cosas en política.

Los descendientes de los galos han conseguido destruir, por completo, el estado de esclavitud indivirdual que pesaba sobre ellos; se han afanado en la dirección de los trabajos pacíficos; se han organizado de una forma industrial; de la energía militar, no han conservado más que la necesaria para rechazar las invasiones y para mantener, en el interior, el orden, es decir; el respeto a las propiedades. Los descendientes de los galos, o sea los industriales, han constituído la fuerza pecuniaria, fuerza dominadora, y son ellos quienes poseen dicha

fuerza; porque no sólo hay más escudos en sus cofres que en los cofres de los descendientes de los francos, sino también porque mediante su crédito pueden disponer de la casi totalidad del dinero que hay en Francia; por eso, los galos son ahora los más fuertes.

Pero el gobierno sigue en las manos de los descendientes de los francos, quienes administran la riqueza pública; y los descendientes de los francos han conservado la orientación que recibieron de sus antepasados, de forma que la sociedad de hoy presenta un fenomeno extraordinario: *Una nación esencialmente industrial, cuyo gobierno es esencialmente feudal.*

P. – Hallamos una gran exageración en el cuadro que nos presentáis. Desde luego, el gobierno es más feudal que el cuerpo de la nación; pero el espíritu feudal del gobierno se ha modificado de tal forma que está de acuerdo con el espíritu, los usos y costumbres de la clase industrial, la cual, efectivamente, forma hoy en día el cuerpo de la nación, o, si lo preferís, la nación. Esta es nuestra opinión. ¿Cuál es la vuestra?

R. – Cometéis un grave error al imaginar que las clases gobernantes se han puesto de acuerdo con la nación: este es un acuerdo imposible de establecer, porque va contra la naturaleza de las cosas. Las instituciones, lo mismo que los hombres que las crean, son modificables; pero no son, en absoluto, desnaturalizables: su carácter primitivo no puede borrarse enteramente. Ahora bien, toda sociedad en cuya constitución se hallen instituciones

de distinta naturaleza, toda sociedad, por muy pequeña o muy numerosa que sea, en la cual estén admitidos dos principios antagónicos, está constituída en estado de desorden: y tal es el estado presente de la población que habita el territorio francés. Los administrados, los gobernados, en esta población, han adoptado, como principio que sirve de guía a sus acciones, el principio industrial; no quieren obedecer más que a las combinaciones que concilian los intereses de las partes contratantes; piensan que la riqueza pública debe ser administrada en interés de la mayoría; sienten horror por los privilegios y los derechos de nacimiento, exceptuando únicamente a la realeza; en una palabra, tienden al establecimiento de la mayor igualdad posible, mientras que los descendientes de los francos, quienes hoy forman la cabeza del gobierno, siempre tienen presentes en su ánimo los derechos resultantes de la conquista, pareciéndoles que la nación debe ser gobernada en provecho propio y obstinándose en mantener políticamente la concepción, admirable por su simplicidad, de la división en dos clases: una que manda y otra que obedece.

P. – Hay una cosa en la cual vos no habéis reparado: en que existe una clase intermedia entre los nobles y los industriales; esta clase preciosa es el verdadero lazo social; es la que concilia los principios feudales con los principios industriales. ¿Qué pensáis de dicha clase?

R. – La división que acabáis de establecer es muy hermosa metafísicamente; pero no es metafísica lo que

pretendemos hacer aquí; por el contrario, queremos combatirla. La finalidad de nuestro trabajo es sustituir por hechos los razonamientos de los metafísicos; por consiguiente, vamos a recapitular la formación, la existencia y los últimos trabajos de la clase intermedia que tan preciosa se os antoja.

Durante largo tiempo, los francos hicieron justicia a sus vasallos personalmente, solos, y sin el concurso de erudito alguno. Pero cuando las relaciones sociales se multiplicaron y se complicaron, cuando fué introducida la ley escrita, los descendientes de los francos, que tenían a gala no saber escribir sus propios nombres, no pudieron ya bastarse para los trabajos judiciales: así nació la corporación de legistas. Los barones tomaron a estos legistas por consejeros; en la audiencia, los tenían pegados a sí y les consultaban sobre las cuestiones judiciales que era preciso resolver. Más tarde, se descargaron completamente del cuidado de resolver las diferencias que surgían entre sus vasallos; los legistas llevaron por sí solos las audiencias e hicieron justicia en nombre de los descendientes de los francos. Este es el origen de una de las secciones de la clase intermedia.

Hasta el descubrimiento de la pólvora, los hombres de armas, es decir, los descendiente de los francos, integraron el cuerpo del ejército. Tras el descubrimiento de la pólvora, los fusileros y los artilleros se convirtieron en la fuerza del ejército; y, principalmente, fueron los descendientes de los galos quienes se transformaron en in-

INVESTIGACIONES SOCIALES

genieros, fusileros y artilleros, bien que el mando de las tropas siguiese en manos de los descendientes de los francos. Este es el origen de otra de las secciones de la clase intermedia.

Primitivamente, la totalidad del territorio había sido repartido entre los francos. Por entonces, la potencia soberana estaba relacionada con la propiedad territorial. Cuando los descendientes de los francos se embarcaron en las cruzadas, se vieron obligados a vender una parte de sus tierras para procurarse el dinero que necesitaban y, entonces, ocurrió que enajenaban también una porción de su soberanía; porque, por mucho que se esforzasen en despojar de los derechos de soberanía a las tierras que vendían, todo el territorio estaba imbuído de tal forma de feudalismo que los nuevos propietarios, aunque fuesen carreteros de origen, se transformaron en nobles de poca monta. Este es el origen de la tercera sección de la clase intermedia.

Se ve que estas tres secciones que integran la clase intermedia han sido creadas y engendradas por los descendientes de los francos. Más adelante veremos que las tres han obrado de conformidad con su naturaleza primitiva, desde que consiguieron hacerse con el poder. Pero, ante todo, examinemos cuál ha sido su conducta desde su origen hasta 1789.

Los legistas, los militares carreteros y los propietarios de tierras, que no eran nobles, ni cultivadores, han desempeñado, con la mayor frecuencia, el papel de protectores del pueblo contra las pretensiones y los privilegios de los descendientes de los francos.

En 1789, habiéndose considerado lo suficientemente fuerte como para desembarazarse de la supremacía ejercida sobre ella por los descendientes de los francos, la masa intermedia determinó a la masa del pueblo a insurreccionarse contra los nobles. Por medio de la fuerza popular, consiguió que se matase una parte de los descendientes de los francos y se encargó de forzar a los que no habían caído a huir a país extranjero. La clase intermedia se transformó entonces en la primera clase; y resulta muy curioso observar la conducta que manifestó cuando se hubo adueñado del poder supremo. Vamos a verla.

De sus filas sacó un burgués al que hizo rey; a aquellos de entre sus miembros que habían desempeñado el principal papel en la revolución, dio títulos de príncipes, duques, condes, barones, caballeros, etc.; creó mayorazgos en favor de los nuevos nobles: en una palabra, rehizo el feudalismo en su provecho.

He aquí la conducta observada por la clase intermedia, cuya existencia presentáis como tan útil para los industriales. Desde luego, los burgueses han hecho servicios a los industriales; pero, hoy en día, la clase busguesa gravita, con la clase noble, sobre la clase industrial. Los burgueses no tienen más existencia social que la de los nobles de poca monta, y los industriales están interesados en desembarazarse, al mismo tiempo, de la supre-

macía ejercida sobre ellos por los descendientes de los francos y por la clase intermedia, que fué creada y engendrada por los nobles y, por consiguiente, siempre tendrá la tendencia de constituir el feudalismo en pro de sus intereses. La clase industrial no debe realizar ninguna otra alianza más que aquella contratada bajo Luis XI con la realeza; debe combinar sus esfuerzos con la realeza para establecer el régimen industrial, es decir, el régimen bajo el cual los más importantes de entre los industriales integren la primera clase del estado, y serán encargados de dirigir la administración de la riqueza pública.

P. – Sois demasiado tajante, demasiado absoluto, demasiado exclusivo: desearíais que no existiese más que una sola clase, la de los industriales; eso es absolutamente impracticable, porque los mismos industriales necesitan de los militares, los legistas, etc. ¿Podéis justificaros del reproche que os dirigimos?

R. – Producir un sistema significa producir una opinión que es, por su naturaleza, tajante, absoluta y exclusiva: aquí tenéis nuestra respuesta a la primera parte de vuestra objección, Después, decís que nosotros deseamos que no exista más que una sola clase en la sociedad, la de los industriales; os equivocáis: lo que nosotros deseamos, o, mejor dicho, lo que quieren los progresos de la civilización, es que la clase industrial sea constituída la primera entre todas las clases; que las otras clases le estén subordinadas.

En los tiempos de ignorancia, la dirección de la actividad nacional ha sido, principalmente, militar y, secundariamente, industrial; en aquella época, todas las clases debieron estar subordinadas a la clase militar: tal ha sido, efectivamente, la organización social de aquella época, y habría sido mala si hubiese carecido de ese carácter tajante, absoluto y exclusivo. El progreso de la civilización ha traído consigo un estado de cosas en el cual la dirección de la población en Francia es esencialmente industrial; de ahí que la clase industrial deba ser constituída la primera de todas; de ahí que las otras clases deban serle subordinadas. Cierto que los industriales necesitan de un ejército; cierto que necesitan tribunales; cierto que los propietarios no deben, en absoluto, ser forzados a comprometer sus capitales en la industria; pero es cosa monstruosa que sean los militares, los legistas y los propietarios ociosos quienes sean los principales directores de la riqueza pública en el estado presente de la civilización.

P. – Deteneos; os extendéis demasiado por el momento. Entráis en la discusión del fondo de la cuestión y perdéis de vista que el punto cuyo examen nos ocupa ahora tiene por objeto precisar el carácter del estado presente de las cosas en lo político. Así pues, dadnos vuestro resumen con respecto a ello.

R. – He aquí, en pocas palabras, el resumen que me pedís: LA ÉPOCA ACTUAL ES UNA ÉPOCA DE TRANSICIÓN.

P. – Pasemos a la consideración del porvenir. Decidnos claramente cuál será, en definitiva, el destino político de los industriales.

R. – Los industriales se constituirán en la primera clase de la sociedad; los más importantes de entre los industriales se encargarán, gratuitamente, de dirigir la administración de la riqueza pública: ellos serán quienes hagan la ley y quienes marcarán el rango que las otras clases ocuparán entre ellas; concederán a cada una de ellas una importancia proporcionada a los servicios que cada una haga a la industria. Tal será, inevitablemente, el resultado final de la actual revolución; y cuando se obtenga este resultado, la tranquilidad quedará completamente asegurada, la prosperidad pública avanzará con toda la rapidez posible, y la sociedad disfrutará de toda la felicidad individual y colectiva a la que la naturaleza humana puede aspirar.

Esta es nuestra opinión sobre el porvenir de los industriales y sobre el de la sociedad; y ahora presento las consideraciones sobre las cuales fundo este criterio:

1º La recapitulación del pasado de la sociedad nos ha probado que la clase industrial había adquirido importancia de forma continuada, mientras que las otras la habían perdido continuamente; de ahí podemos sacar la conclusión de que la clase industrial debe acabar por constituirse la más importante de todas.

2º El simple sentido común ha depositado en todos los individuos el razonamiento siguiente: los hombres,

habiendo trabajado siempre en pro de la mejora de su destino, siempre han tendido hacia una meta: el establecimiento de un orden social en el cual la clase ocupada en las tareas más útiles sea la más considerada, y es precisamente dicha meta la que, necesariamente, acabará por alcanzar la sociedad.

3º El trabajo es la fuente de todas las virtudes; los trabajos más útiles deben ser los más considerados; por ello, tanto la moral divina como la humana llaman a la clase industrial para desempeñar el primer papel en la sociedad.

4º La sociedad se compone de individuos; el desarrollo de la inteligencia social no puede ser otro que el de la inteligencia individual elevado a una escala mayor. Si se observa el curso que sigue la educación de los individuos, advertimos que en las escuelas primarias predomina la acción de gobernar; y en las escuelas de categoría superior, se advierte que la acción de gobernar a los niños disminuye continuamente en intensidad, mientras que la enseñanza desempeña un papel de creciente importancia: lo mismo ha sido para la educación de la sociedad; la acción militar, es decir, la acción feudal, tuvo que ser la más fuerte en su origen; pero ha decrecido continuamente, al tiempo que la acción administrativa ganaba importancia; y el poder administrativo, necesariamente, debe acabar por dominar al poder militar.

Los militares y los legistas deben acabar por estar a las órdenes de los hombres más capacitados para la ad-

ministración; porque una sociedad ilustrada no necesita ser administrada; porque en una sociedad ilustrada la fuerza de las leyes y la de los militares para hacer obedecer la ley no deben ser empleadas más que contra aquellos que pretendiesen trastornar la administración. Las concepciones directrices de la fuerza social deben ser producidas por los hombres más capacitados en administración. Ahora bien, los más importantes de entre los industriales, habiendo sido quienes han dado pruebas de una mayor capacidad en lo administrativo, ya que merced a su capacidad en ello deben la importancia que han adquirido, son los que, en definitiva, serán necesariamente encargados de la dirección de los intereses sociales.

P. – Consideramos vuestra demostración como suficiente, admitimos vuestra opinión sobre el porvenir político de los industriales, e inmediatamente vamos a entablar el examen de la gran cuestión, la cuestión con relación a la cual cuanto hemos dicho precedentemente no ha sido más que preliminar, preparatorio; es decir, la cuestión después de la cual ya no tendremos más que cuestiones secundarias a tratar; la cuestión que, en definitiva, interesa más directamente a los industriales.

Decidnos cómo se operará el cambio radical que nos habéis probado debe efectuarse; decidnos lo que los industriales deben hacer para elevarse al primer rango social; decidnos cómo se realizará la empresa que debe conducirles a tal resultado; decidnos cómo será dirigida

dicha empresa; decidnos, sobre todo, quiénes serán los hombres lo bastante audaces para llevar a cabo semejante empresa.

R. – Nuestra respuesta a lo que preguntáis será la más clara y la más positiva: somos nosotros los audaces mortales que realizarán dicha empresa: NOSOTROS SEREMOS QUIENES NOS PROPONDREMOS ELEVAR A LOS INDUSTRIALES AL PRIMER GRADO DE CONSIDERACIÓN Y PODER.

P. – Vuestra respuesta es muy positiva bajo el aspecto de que sois vos mismo quien se propone operar el cambio que debe colocar los industriales a la cabeza de la sociedad; pero sólo es positiva bajo dicho aspecto. Ahora nos toca examinar si vuestra empresa está bien concebida, si vos sois capaz de dirigir tan vasta empresa; todavía tenéis que darnos a conocer vuestra combinación, la marcha que vais a seguir y, sobre todo, cuáles son los medios pecuniarios de que disponéis para atender a los gastos de la empresa; porque los industriales no son susceptibles de experimentar el más mínimo interés por una empresa en la cual la parte financiera ha sido mal concebida, mal combinada.

Por lo demás, os confesamos que estamos muy satisfechos de ver que de esta empresa hacéis algo personal: cierto es que las cosas que son negocios de todos, acaban por no serlo de nadie; cierto es que el interés personal es el único agente que puede dirigir el interés público. La dificultad estriba en hallar la combinación que haga coincidir el interés personal con el interés pú-

blico. Pero no creemos que debamos extendernos sobre consideraciones de principios, pues el examen se halla limitado al de un hecho particular, al hecho de vuestra empresa. Así pues, os rogamos que respondáis a las cuestiones que os hemos expuesto al principio de esta pregunta.

R. – Empezaremos por darnos a conocer, porque el público gusta de conocer positivamente cuáles son las personas que se toman la libertad de llamar la atención sobre su pensamiento; por consiguiente, vamos a haceros las siguientes declaraciones que, primero, se refieren a nuestra conducta política, y después a nuestros trabajos.

1º Durante la revolución, desempeñamos el papel de observador. No tuvimos ningún cargo público, ni siquiera fuimos *notable de pueblo*, ni tampoco nos relacionamos con ninguno de los partidos políticos que han dividido a Francia desde 1789. En una palabra, la opinión que producimos es *virgen*.

2º Esta empresa no la hemos realizado a la ligera; hemos dedicado cuarenta y cinco años a meditarla y prepararla.

Como resultado de nuestras meditaciones y trabajos, hemos llegado a la conclusión de que para pasar del régimen en el cual los industriales están sometidos a los militares, legistas y rentistas, al orden social que debe colocar la dirección de los intereses generales en manos de los industriales, era indispensable cumplir una condición: la clara concepción del régimen industrial y hacérsela ver a los más importantes de entre los industriales. Es decir, que hemos reconocido la necesidad de hacer concebir a los industriales más importantes la forma en que podían y debían emplear todas las capacidades útiles al servicio de la industria y en interés de los productores; por último, hemos reconocido que la empresa de que la sociedad está necesitada, y que nosotros estamos dispuestos a realizar, no ofrecía más que una sola dificultad: la de concebir con claridad el sistema industrial; que la dificultad consistía en hallar el medio de acordar el sistema científico, el sistema de educación pública, el sistema religioso, el sistema de bellas artes, y el sistema de las leyes con el sistema de los industriales; que consistía en hallar el medio para que los sabios, los teólogos, los artistas, los legistas, los militares y los rentistas más capacitados colaborasen en el establecimiento del sistema social más ventajoso para la producción y el más satisfactorio para los productores.

Por último, declaramos que hemos alcanzado la meta que suponía vencer dicha dificultad; manifestamos que en este catecismo, de forma clara y lo suficientemente desarrollada, indicaremos a los industriales los medios que deben emplear para conseguir el concurso de todas las capacidades útiles al establecimiento de la organización social que puede procurarles el máximo de satisfacción.

P. – No convenimos en que la dificultad que pre-

tendéis haber superado sea la única que se opone al éxito de vuestra empresa; pero confesamos que nos parece ser la mayor de todas, y os rogamos nos digáis, de forma positiva, a qué punto, relativamente, habéis llegado en vuestro trabajo. Os rogamos que nos digáis si tal trabajo existe tan sólo en vuestra mente, que lo ha intuído, o si bien se ha trasladado ya al papel.

R. – Añadiremos al *Catecismo de los Industriales* un volumen sobre el sistema científico y sobre el sistema de educación.

El citado trabajo, del cual hemos lanzado las bases y cuya ejecución hemos confiado a nuestro discípulo Augusto Comte, expondrá el sistema industrial *a priori*, al tiempo que nosotros continuaremos, en este catecismo, su exposición *a posteriori*.[1]

P. – Admitimos, de momento, que habéis llegado a

[1] El citado trabajo constituía la tercera entrega del *Catecismo de los Industriales*; tenía por título: SISTEMA DE POLITICA POSITIVA, *por Augusto Comte, ex-alumno de la escuela Politécnica*, DISCIPULO DE HENRI SAINT-SIMON, tomo I, 1ª parte. Todavía es posible hallar algunos ejemplares en la librería saint-simoniana. Habiéndose separado M. A. Comte de su maestro, durante la época de dicha publicación, a él corresponde la reimpresión de aquel trabajo, el más notable, probablemente, de los salidos de su pluma, y sobre el cual, no obstante, Saint-Simon se vió obligado a escribir el siguiente juicio, colocado en el encabezamiento del tercer cuaderno del *Catecismo de los Industriales*.

"Este tercer cuaderno es obra de nuestro discípulo, M. Augusto Comte. Tal como anunciamos en nuestra primera entrega, le habíamos confiado la tarea de exponer las generalidades de nuestro sistema; y es el principio de dicho trabajo lo que vamos a someter al criterio del lector.

"Ciertamente, se trata de un trabajo muy bueno, considerado desde el punto de vista en que se situó el autor; pero no alcanza exactamente la finalidad que nos habíamos propuesto; en nada expone las generalidades de nuestro sistema; es decir, que tan sólo expone una parte, al tiempo que concede papel preponderante a generalidades que nosotros estimamos simplemente secundarias.

"En el sistema que nosotros hemos concebido, la capacidad industrial es aquella que debe hallarse en primera línea; es la que debe juzgar el valor de las restantes capacidades y hacerlas laborar para su mayor provecho.

"Las capacidades científicas, en el sentido de *Platón* o en el

concebir con claridad la marcha que deben seguir los industriales para elevarse al primer grado de importancia social; no obstante, os diremos que, una vez vencida esta primera dificultad, se presenta una segunda; ¿Cómo conseguiréis que los industriales comprendan el plan que habéis concebido?

R. –SE EXPRESA CON FACILIDAD LO CONCEBIDO CON CLARIDAD: las primeras páginas de este catecismo bastan para probaros que nos hallamos en condiciones, como resultado de cuarenta y cinco años de labor, de exponer nuestras ideas de una forma clara y fácil de retener.

P. – Después de vencer estas dos dificultades, se presentará una tercera que acaso sea más difícil de superar que las dos primeras. Admitimos que habéis concebido bien, es decir, inventado bien el sistema industrial; admitimos que lo habéis expresado con claridad; admiti-

mos, igualmente, que sea bien comprendido por los industriales; pues bien, una vez admitido todo lo anterior, os preguntamos el medio que los industriales deberán utilizar para establecerlo.

R. – Han sido necesarios multitud de piedras y mucho tiempo para construir la basílica de San Pedro de Roma; pero, tras la ejecución de gran número de trabajos, llegó por fin el momento en que al colocar una sola piedra se ha cerrado la cúpula y concluído el edificio.

sentido de *Aristóteles*, deben ser consideradas por los industriales como de idéntica utilidad y, consecuentemente, deben concederles idéntica consideración y repartir, con equidad, los medios para que desarrollen sus actividades.

"Hemos visto nuestra idea más general, que difiere sensiblemente de la expuesta por nuestro discípulo, pues se ha colocado en el punto de vista de Aristóteles, es decir, en el punto de vista explotado en el presente por la Academia de ciencias físicas y matemáticas; por consiguiente, ha considerado la capacidad aristotélica como la primera entre todas, como si el espiritualismo debiera privar lo mismo que la capacidad industrial y la capacidad filosófica.

"De cuanto acabamos de decir, resulta que nuestro discípulo no ha tratado más que la parte científica de nuestro sistema, mas sin exponer su parte sentimental y religiosa. De ello era nuestro deber prevenir a los lectores.

"Sin embargo, pese a las imperfecciones que hemos hallado en el trabajo de M. Comte, en razón de que no ha satisfecho más que la mitad de lo previsto por nosotros, declaramos formalmente que nos parece el mejor escrito sobre política en general de cuantos se han publicado hasta el presente."

Desde el siglo XV, el sistema feudal se ha desorganizado sucesivamente; el sistema idustrial se ha organizado sucesivamente desde aquel mismo momento. Una conducta conveniente por parte de los principales jefes de la industria, bien unidos entre sí, bastará para establecer el sistema industrial y para hacer que la sociedad abandone el edificio feudal habitado por nuestros antepasados.

P. – Concretad aún más vuestra idea y dadle más desarrollo.

R. – El momento no es el indicado para discutir esta cuestión; no debemos desarrollar nuestras ideas con relación a los medios de realización hasta después de haber concluído la exposición de nuestro sistema, hasta después de refutar las objeciones que nos sean formuladas. Sin embargo, para satisfacer, con anticipación, como resumen, y en la medida que ello sea posible, actualmente vuestro deseo manifiesto, os diremos: los intereses políticos de Europa se discuten en Francia y los intereses sociales de los franceses se discuten en París. Ahora bien, como quiera que la clase industrial dentro de la población parisina es la más numerosa y la más importante de cualesquiera otras clases, reunidas o separadas, los industriales parisinos pueden organizarse en partido político; una vez se hayan organizado, los industriales parisinos, la organización de todos los franceses y, a continuación, de todos los europeos, será cosa fácil, y de la organización de los europeos industriales en partido po-

lítico resultará, necesariamente, el establecimiento del sistema industrial en Europa, y la anulación del sistema feudal.

P. – El gobierno se opondrá a la integración de la clase industrial en partido político.

R. – Os equivocáis y vuestro error proviene de que siempre confundís el partido liberal con el partido industrial.

El partido liberal siempre ha tenido y siempre tendrá por directores las clases intermedias. Ahora bien, dichas clases, habiendo sido engendradas por la clase feudal, poseen la naturaleza del feudalismo; por ello, necesariamente, deben tender a la reorganización del feudalismo en provecho propio. La verdadera divisa de los jefes de dicho partido es: quítate de ahí, que me ponga yo. Su fin aparente es la supresión de los abusos; su fin real, explotarlos en provecho propio. Consecuentemente, el gobierno ha debido y debe utilizar todas sus fuerzas para impedir el acrecentamiento en importancia del partido liberal.

El gobierno, por el contrario, no deberá, no querrá, no podría impedir la formación del partido industrial, porque dicho partido es esencialmente pacífico, esencialmente moral; porque no pretende ejercer su acción más que por la fuerza de la opinión pública, y el gobierno no puede impedir la formación de la opinión pública.

En una palabra, la clase industrial integra los veinticuatro veinticincoavos de la nación, de forma que cuando los industriales posean una opinión política que les sea propia, dicha opinión será la opinión pública; y la opinión pública, como dice el proverbio, es la reina del mundo. Ninguna fuerza puede oponérsele: si la tranquilidad no se ha logrado plenamente aún, significa que la opinión pública todavía no se ha pronunciado.

P. – Deberíais presentar vuestro trabajo al rey. Para que tan grande transformación social pueda realizarse de forma pacífica, sería preciso que fuese provocada y dirigida por la realeza. ¿Qué pensáis vos de ello?

R. – Desde luego, enviamos este trabajo al señor presidente del consejo de ministros, rogándole tenga a bien someterlo a la consideración de S. M.; pero no debéis figuraros que el rey puede ponerse inmediatamente a trabajar en la realización de esta transformación. Para que dicha transformación sea posible, es necesario que haya sido preparada por los escritores. El poder real está mucho más limitado de lo que, en general, se cree; se halla limitado por el supremo orden de las cosas. Un soberano que quiera mejorar la organización social de sus pueblos más que el estado de sus conocimientos y de su civilización no acarrea, necesariamente, el fracaso a la empresa. De tan importante verdad hemos tenido un ejemplo contemporáneo en José II de Austria, quien se propuso vender los bienes del clero y menguar los privilegios de los nobles.

Es preciso que la doctrina industrial haya sido propagada; es preciso que los más importantes de entre los

industriales hayan adquirido una idea bien clara de la forma en que deben utilizar a los sabios, artistas, legistas, militares y rentistas, para lograr la mayor prosperidad de la industria, y esto antes de que el rey pueda emplear, de forma útil, su autoridad en pro de situar a los industriales en el primer rango social.

Examinad el estado presente de la conciencia de los industriales y os daréis perfecta cuenta de que no experimentan el sentimiento de la superioridad de su clase; es más, casi todos desean salir de ella para entrar en la clase de los nobles. Los unos solicitan una baronía; los otros, los más, se empeñan en ofrecer a los descendientes de los francos la fortuna adquirida en la industria, a condición de que acepten a sus hijas. Lejos de apoyarse los unos a los otros, se celan y recíprocamente procuran obstaculizarse por medio de las autoridades. Los banqueros de todos los países se empeñan en vender a todos los gobiernos el crédito de la industria, sin que sus operaciones financieras se vean detenidas ante la idea de que se asocian a los *residuos del feudalismo*, prolongando el estado subalterno en que se halla la clase industrial, hasta el presnte, con relación a las otras clases.[1]

[1] No hay más que recorrer los salones de la Chausée-d'Antin para ver que están plagados de hacedores de frases y rentistas insignificantes. En los establecimientos de los banqueros liberales, se hallará a gran número de funcionarios públicos destituídos, quienes trabajan para hacerse de nuevo con el poder y volver a meter mano al tesoro público. Quienes siempre dan por descontado, y muy gustosos, el porvenir político de los nobles, son los funcionarios públicos, en cuyas manos, actualmente, está la explotación de los abusos. Pero tanto en casa de los unos como de los otros, sólo se hallará un reducido número de miembros del cuerpo de la industria, observándose que ocupan los puestos más alejados de la presidencia de la mesa.

El día en que los banqueros hagan de su casa un lugar de agradable reunión para los industriales de la calle de Saint-Denis, de la calle de la Verriere, de la calle de los Bourdonnais, etc, al igual que para los artesanos de los arrabales, los industriales empezarán a formar un partido político, empezarán a ejercer una verdadera influencia sobre la administración de los negocios públicos. Europa está en Francia y Francia en París. En menos de un año, los banqueros de París pueden desempeñar el papel político más importante de Europa... si saben entenderse y utilizar convenientemente sus medios, medios que hasta el presente han malgastado de forma lamentable; e incluso podríamos decir que los han utilizado de forma directamente contraria a los intereses políticos de la clase industrial.

Siempre son los jefes de partido quienes se han equivocado cuando las cosas del partido no marchan bien.

P. – Por lo menos, reconoceréis que es preciso mucho tiempo para triunfar en esta empresa, es decir, para conseguir la educación de los industriales y para enseñarles a conducirse conforme a sus intereses.

R. – Será necesario mucho menos tiempo del que os imagináis: se aprende muy pronto aquello que interesa, aquello por lo que se tiene interés positivo en saber. La educación política de los industriales requerirá mucho menos tiempo del que imagináis; se efectuará con

tanta más rapidez por cuanto la publicación del sistema industrial determinará a los hombres más capacitados a seguir las direcciones útiles en las cuales hay que trabajar; es tan agradable nadar a favor de la corriente; es tan extravagante desear el retroceso en lo relativo a civilización, que una vez bien establecida la idea de que el sistema industrial debe predominar, los hombres capacitados de todas las especialidades dejarán de prolongar la existencia política de los *residuos del feudalismo.*

Los hombres más capacitados en la dirección científica, teológica, artística, y en la de legistas, militares y rentistas, no tardarán en asociarse a nuestra empresa; y cuando una minoría capacitada en tan distintos aspectos trabaje en pro de la formación del sistema industrial, bajo la dirección administrativa de los más importantes industriales, dicho sistema se organizará rápidamente y, rápidamente también, será puesto en ejecución.

P. – Pasemos al examen de la parte financiera de vuestra empresa y decidnos cómo os procuraréis los fondos necesarios para la realización de tan grave proyecto.

R. – La exposición de nuestra concepción financiera sería prematura en este momento; para presentarla, debemos esperar a que nuestro Catecismo haya captado la atención de los industriales más importantes; hoy por hoy, nos limitaremos a deciros que, como resultado de esta combinación, el porvenir político de los industriales se dirimirá en la Bolsa, como actualmente en ella

se dirime el porvenir feudal de Austria, al igual que el futuro constitucional de Inglaterra y de Francia.

P. – Nos falta hablar de la conducta política que debe observar la masa industrial durante el período de tiempo que requiere la realización de la gran empresa que lleváis a cabo.

R. – Los industriales que reciban este Catecismo deben leerlo con la mayor atención; deben comunicarlo a los amigos suyos que sean industriales; deben discutirlo con ellos: discutir las ideas y, sobre todo, los hechos que contiene, y apropiarse, en el mayor grado posible, la doctrina que en él se profesa.

P. – Admitiendo lo que acabáis de decir, de ello resultaría que los industriales vendrían a ser totalmente pasivos en política durante todo el tiempo que exigirá la publicación de vuestra doctrina, lo cual es monstruoso y absurdo; así, pues, se hace indispensable que nos digáis cuál de los partidos políticos existentes debe ser apoyado por los industriales en espera de que la publicación de vuestra doctrina les haya proporcionado los medios para constituirse en partido político industrial, puramente industrial y bien diferenciado de todos los partidos que han existido hasta hoy.

Resumiendo, os preguntamos a cuál de los partidos políticos, actualmente existentes, deben los industriales conceder su apoyo.

R. – Al centro-izquierda y centro-derecha, considerados como integrantes de un solo partido, los indus-

triales deben conceder su apoyo, en razón de que los actos de violencia, los golpes de estado, son lo más temible para los productores, quienes no pueden alcanzar su meta como no sea por medios leales, legales y pacíficos. Pues bien, los miembros del centro-izquierda y los del centro-derecha, son los que se muestran más pacíficos de entre todos los diputados. Los diputados más ambiciosos, aquellos a quienes repugna menos el empleo de procedimientos violentos y de los golpes de estado, son los que ocupan la extrema-izquierda a la extrema-derecha.

P. – Ahora, en pocas palabras, resumidnos todas las cuestiones que hemos discutido desde el comienzo de esta conversación.

R. – Esta es la recapitulación o, si lo preferís, el resumen general de nuestra conversación. Será un resumen seguido de una conclusión, de forma que os daremos más de lo que habéis pedido.

Es evidente que el régimen industrial es aquel que puede procurar a los hombres la mayor suma de libertad general e individual, asegurando a la sociedad la mayor tranquilidad de que puede disfrutar.

Resulta igualmente evidente que dicho régimen investirá a la moral del mayor imperio que le sea posible ejercer sobre los hombres, al mismo tiempo que procura a la sociedad en general y a sus miembros en particular el mayor número posible de goces positivos.

También es evidente que la sociedad no puede ser

conducida del régimen feudal al régimen industrial rutinariamente, pues dichos regímenes son radicalmente distintos e incluso opuestos. El primero ha tendido a establecer entre los hombres la mayor desigualdad posible, separándolos en dos clases, la de gobernantes y gobernados; haciendo el derecho de gobernar hereditario y transmitiendo de padres a hijos la obligación de obedecer.[1]

El sistema industrial está fundado sobre el principio de igualdad perfecta; se opone al establecimiento de todo derecho de nacimiento y a toda especie de privilegios.[2]

Es evidente que el régimen industrial, no pudiendo ser introducido por el azar o la rutina, ha debido ser concebido *a priori* y que, por consiguiente, ha debido ser inventado, en su conjunto, antes de ser puesto en ejecución.

Por último, es evidente, por el hecho de haberse producido este Catecismo, que el espíritu humano se ha elevado a la concepción del conjunto del régimen industrial.

De tales evidencias, sacamos la conclusión de que tanto la moral divina como humana llama a los hombres más distinguidos en todos los campos de la sociedad a que unan sus esfuerzos para operar la organización del

[1] Este primer sistema brindó grandes servicios en las épocas de ignorancia.

[2] Este régimen es el único que puede convenir al estado presente de los conocimientos y de la civilización.

BIBLIOTECA
IIS UNAM

sistema industrial, en sus detalles, y para determinar a la sociedad en general a que lo ponga en ejecución; sacamos la conclusión de que siendo la clase industrial la que produce todas las riquezas y, al mismo tiempo, la que se halla más interesada en el establecimiento del régimen industrial, son los industriales quienes, de forma directa y voluntaria, deben pagar todos los gastos que pueda exigir la transición del sistema feudal, modificado por el régimen constitucional, al sistema industrial puro.

P. – Cuanto acabáis de decirnos tiene bastante interés y es muy atractivo. La serie de observaciones que nos habéis presentado está muy clara y bastante bien establecida; la consecuencia que habéis sacado se deduce con bastante naturalidad: en una palabra, nos vemos violentamente tentados a adoptar vuestro sistema, y sin duda lo aceptaremos si os halláis en condiciones de refutar las cuatro objeciones que vamos a formularos.

He aquí la primera de dichas objeciones, o, mejor dicho, el primer punto que os pedimos nos aclaréis:

¿Puede efectuarse la transformación en el orden social que vos proponéis, sin afectar a la institución de la realeza?

R. – La institución de la raleza posee un carácter de generalidad que la distingue y que la sitúa por encima de todas las otras instituciones. Su existencia no está ligada al sistema político actual, a un sistema político cualquiera. Dicha institución convendrá, igualmente, a todos los sistemas de organización social de cuyo establecimiento puedan tener necesidad los progresos de la civilización.

Porque el rey de Francia declare o, mejor dicho, reconozca que los industriales constituyen la primera clase de sus súbditos, porque encargue a los industriales más importantes de la dirección de sus finanzas, no será por ello ni más ni menos rey de Francia y de los franceses de lo que hoy es, pues la realeza es independiente de la clasificación de los súbditos. La inmensa mayoría de la nación, sintiéndose más dichosa a causa de la disminución de los impuestos y de su mejor empleo, lo cual resultaría directamente del hecho de que los más importantes industriales se encargasen de la administración de la riqueza pública, también se sentiría, necesariamente, mucho más afecta al rey.

De forma que el cambio que proponemos no es, en absoluto, hostil con relación a la realeza, a la legitimidad e incluso al derecho divino. Por el contrario, tiende directamente a otorgar al rey más tranquilidad y, consecuentemente, a procurarle más felicidad positiva.

Está en la naturaleza de las cosas que el rey tome el título de primer francés de la primera clase de los franceses; y así como Su Majestad ha tenido que llamarse primer gentilhombre, primer soldado de su reino, mientras la tendencia de la nación ha sido principalmente militar, asímismo, hoy, cuando la nación se activa principalmente en la dirección de lo industrial, cuando,

esencialmente por medio de trabajos pacíficos, se esfuerza en acrecentar su prosperidad, el único título que puede convenir al rey es el de primer industrial de su reino.

A cuanto acabamos de decir, añadiremos una observación muy importante: que la realeza, órgano de la opinión pública y cuya función social más honrosa consiste en proclamar el estado de opinión de la mayoría, todavía no ha podido proclamar que la clase industrial es la primera de la nación, ya que los industriales, hasta el presente, no han manifestado en absoluto el sentimiento de su superioridad, ya que no han manifestado en absoluto su opinión de que los más importantes de entre ellos son los franceses más capacitados para dirigir bien la administración de las finanzas. Si el rey, con respecto a esto, tomase la iniciativa, se vería expuesto a ver cómo todas las facciones que hoy en día se disputan la administración de las finanzas, para explotar la nación en provecho propio, se unían contra él, sin que él tuviese fuerza alguna que oponerles, medio alguno para resistirles.

Tras la explicación que acabamos de daros, esperamos haberos convencido por completo de que nuestro sistema no es, en absoluto, ofensivo con relación a la realeza, y que ni siquiera desaprueba la conducta observada por el rey hasta el presente.

La verdad es que el destino de los industriales, desde el establecimiento del sistema de crédito, ha estado constantemente en sus propias manos, y que hoy en día sigue estándolo, y que el día en que la clase de los industriales manifieste el deseo de que la dirección de la hacienda pública sea confiada a los más importantes de entre ellos, la realeza, como órgano de la opinión pública, se apresurará a proclamar que tal es el deseo de la mayoría, al cual debe someterse la minoría.[1]

P. – He aquí nuestra segunda objeción.

Antes de que el rey hubiese otorgado la carta a la nación, le era dado confiar la dirección de la hacienda pública a los industriales, bien que, preferentemente, la confiase a individuos captados en las otras clases de la sociedad; pero hoy en día, cuando la carta regula la forma en que debe ser votado el impuesto, sería preciso que el rey revocase las principales disposiciones de la carta para poder encargar a los industriales la tarea de preparar el presupuesto. ¿Qué contestáis a esto?

R. – El rey otorga a las cámaras el derecho de discutir la ley de finanzas y de votar el empréstito; pero se ha reservado la iniciativa de presentar la ley de las finanzas. Su Majestad puede hacer preparar el proyecto de presupuesto por quien quiera; en una palabra, el

[1] En el original, Saint-Simon utiliza la expresión *fortune publique*, que unas veces traducimos literalmente, otras por "riqueza pública", y otras, como ahora, por "hacienda pública". Por lo general, conservamos el léxico saint-simoniano, sin detrimento de la propiedad, pero, acaso, con defecto de la pureza castellana. El término *finanzas*, por lo general, lo conservamos, sin utilizar casi nunca el más puro de hacienda en lo relativo a la administración estatal de los asuntos económicos de la nación. (N. del T.)

rey es muy dueño de confiar a los más importantes industriales la alta dirección de la riqueza pública, incluso ahora que ha otorgado la carta, puesto que, legalmente, es decir, sin contravenir ninguno de los artículos de dicha carta y por medio de una simple ordenanza, puede adoptar las siguientes medidas:

El rey puede crear una comisión suprema de finanzas e integrar dicha comisión con los industriales más importantes. Puede superponer dicha comisión a su consejo de ministros. Puede reunir a dicha comisión anualmente y encargarla, igualmente, de la tarea de examinar si los ministros han utilizado convenientemente los créditos que les fueron concedidos en el presupuesto anterior o si se excedieron sobre dichas cantidades.

Hecho esto, resultaría que Su Majestad ya habría investido a la clase industrial de la alta dirección de la fortuna pública; se encontraría con haber operado la gran reforma, el cambio radical que los progresos de la civilización requieren en la organización social, pues el sistema feudal se vería completamente anulado, y el sistema industrial completamente establecido; porque los industriales estarían situados en primera línea, tanto por la consideración como por el poder, mientras que los nobles, militares, legistas, rentistas y funcionarios públicos no gozarían más que de una consideración secundaria, ni explotarían otros poderes que los subalternos.

P. – Es cierto que el rey puede encargar a los industriales más importantes la tarea de preparar el proyecto

de presupuesto; pero las consecuencias que extraéis como resultantes de semejante medida no nos parecen una derivación necesaria.

Recordad que la cámara de diputados se compone, en su mayor parte, de nobles, militares, legistas, rentistas y funcionarios públicos; en una palabra, por hombres interesados en hacer pagar lo más posible a la industria, pues una gran parte de las cantidades pagadas por los industriales se la meten en el bolsillo a título de gajes, gratificaciones, indemnizaciones, etc.

Recordad que la cámara de los pares, en gran parte, está integrada por pensionistas del tesoro público y que, por consiguiente, los pares están interesados en el acrecentamiento de los ingresos, pues dicho incremento les ofrece una prespectiva de ver aumentados las pensiones que reciben, las cuales les parecen demasiado mezquinas.

Recordad, por último, que las cámaras se pronunciarían casi unánimemente en contra de un proyecto de presupuesto realizado por los industriales, ya que dicho proyecto tendería directamente a establecer en la administración de la riqueza pública el orden, el ahorro y el buen uso del impuesto pagado por la nación, impuesto que resulta estar pagado, en su mayor parte, por la clase industrial. Nos parece seguro que las bienhechoras y paternales intenciones del rey para con la nación serían contrariadas e incluso anuladas por las cámaras. ¿Qué contestáis a esto? Decidnos si concebís un procedimiento para conseguir que las cámaras acepten un proyecto de

presupuesto preparado por los industriales, pero sin que sea preciso recurrir a ningún golpe de estado, es decir, sin violar la carta.

R. – Los nobles, militares, legistas y rentistas no se decidirán a luchar contra el rey unido a los industriales, puesto que el rey unido a los industriales es una fuerza cien y puede que mil veces más considerable que todas las otras clases de la sociedad unidas, y los miembros de la cámara no tienen ninguna otra fuerza positiva que no sea la resultante del apoyo que hallan en las diferentes clases que componen la sociedad. El proyecto de presupuesto realizado por los más importantes industriales será admitido sin dificultad por las cámaras; y, sin que haya sido cometida ninguna infracción contra la carta otorgada por el rey a la nación, se habrá efectuado el radical cambio de la organización social. Por otra parte, podéis estar relativamente tranquilo sobre la forma en que los industriales encargados de preparar el proyecto de presupuesto tratarán a los funcionarios públicos actuales, a los nobles y a los burgueses de todas las clases. A los industriales repugna cualquier cambio brusco; está en su naturaleza y en sus costumbres políticas el no operar reformas sino es paulatinamente, con lentitud; pero son perseverantes, y una vez que hayan iniciado la ejecución del plan de reforma que han concebido, trabajarán sin tregua hasta que lleguen a establecer la administración de la riqueza pública sobre el patrón más económico posible.

Resumiendo nuestras respuestas a las dos objecciones, manifestamos que nuestras ideas no son hostiles ni respecto a la carta, ni respecto a la realeza, ni respecto a la legitimidad, ni respecto al derecho divino.

P. – Las dos objecciones restantes son de distinta naturaleza a las dos anteriores. Hasta ahora, en nuestra discusión, hemos considerado a Francia aislada, mientras resulta ser que sus vecinos ejercen una gran influencia sobre ella. Así pues, por ejemplo, deberíamos examinar sus relaciones con Inglaterra, y las que tiene con la Santa Alianza, lo cual es bien distinto de lo tratado hasta aquí. Y ahora la tercera objeción, la cual tiene por objeto probaros que el sistema político establecido en Inglaterra debe ser adoptado por la nación francesa con preferencia al que vos proponéis.

Ante todo, os preguntaremos si reconocéis, si confesáis que la experiencia es la mejor guía que pueden seguir las naciones al igual que los individuos.

R. – Sí, lo reconocemos sin ningun género de dudas, sin ninguna restricción.

P. – Desde el instante en que admitís tal principio, no será difícil haceros reconocer que vuestro sistema no vale nada, pues se halla en oposición con el principio que acabáis de aceptar. Vamos a establecer nuestro razonamiento hacia ese respecto, y vos, de seros posible, lo refutáis a continuación.

El pueblo inglés es el más rico y el más poderoso; es aquel de entre todos que ejerce más influencia sobre la

especie humana, y, no obstante, está lejos de hallarse en primera línea en razón de las dimensiones del territorio de la madre patria o en razón de la importancia de su población. Es en Inglaterra donde la clase más numerosa también es la mejor alojada, la mejor alimentada y la mejor vestida; es en Inglaterra donde acontece que la gente rica se procura el mayor número de objetos confortables dentro del territorio nacional; por último, el pueblo inglés disfruta de casi todas las ventajas que son objeto de ambición en las otras naciones.

Principalmente, ¿a qué deben los ingleses las ventajas de las cuales disfrutan? Es incontestable que a la forma de su gobierno, es decir, a la superioridad de su organización social sobre todos los sistemas políticos que han sido puestos en práctica por los otros países hasta nuestros días.

Ahora, comparemos la disposición política que sirve de base a la constitución inglesa con el principio que vos habéis dado como fundamento de vuestro sistema; reconoceréis, al hacerlo, que existe una diferencia radical entre las dos combinaciones.

Vos decís: la administración de la fortuna pública debe ser dirigida por los más importantes industriales, porque la clase industrial es, entre todas, la más capacitada para la administración.

Los ingleses dicen: los que dirigen la administración de la fortuna pública deben proponerse como finalidad principal favorecer lo más posible a la clase industrial,

porque los trabajos industriales son la verdadera fuente de la prosperidad pública; pero los industriales no deben ser encargados de la administración de la fortuna pública, porque carecen de los conocimientos suficientes para dirigir dicha administración, y porque la dedicación que la administración exige les distraería de sus trabajos.

Y, en efecto, en Inglaterra son los pares laicos, los obispos y los jueces, por la cámara alta, los abogados, los rentistas y los militares, por la cámara de los comunes, quienes poseen voz preponderante en la administración de la riqueza pública, porque los primeros integran, exclusivamente, la cámara alta, y los segundos componen la gran mayoría de la cámara de los comunes y del consejo privado.

De cuanto acabamos de decir, sacamos la conclusión de que vuestro sistema está en oposición con la constitución inglesa; que, por consiguiente, se halla en oposición con la constitución señalada por la experiencia como la mejor; y que, por consiguiente también, la vuestra no vale nada. ¿Qué respondéis?

R. – Nuestra respuesta, lo mismo que vuestra pregunta, estará fundada sobre observaciones, es decir, sobre la experiencia.

Os diremos, pues, la serie de observaciones hechas sobre la marcha y progresos de la civilización dentro de la sociedad francesa actual y desde sus orígenes, lo cual os hemos presentado en el primer cuaderno.[1] Desde entonces

1 Olinde Rodrigues unificó los cuadernos que originalmente di-

hasta el presente, la experiencia ha comprobado que mientras la clase industrial ha ganado importancia constantemente, las otras clases la habían perdido, también de forma constante. De esta serie de mil cuatrocientos años de experiencias, extraemos la consecuencia de que la clase industrial debe acabar por ocupar el primer rango, el cual debe llegar a ser obtenido por los industriales como resultante final de los progresos de la civilización, siendo este rango en cuanto a consideración y poder. Resumiendo: que siempre se ha visto llegar una época en la cual los industriales más importantes se hallarían encargados de dirigir la administración de la fortuna pública, etc.

Tras esta consecuencia, extraída directamente de la experiencia, razonamos y decimos: como quiera que la revolución francesa tuvo lugar un siglo después que la revolución inglesa, los resultados deben ser mucho más favorables para la clase industrial, y, por consiguiente, mucho más desfavorables para los nobles y los burgueses de lo que lo fueron en la inglesa. También decimos: la revolución inglesa ha impuesto a los nobles, a los legistas, a los militares, a los rentistas y a los funcionarios públicos, la obligación de dirigir los negocios de la nación en interés de la industria; la revolución francesa acabará por anular la institución de la nobleza y por

vidieron este *Catecismo Político De Los Industriales*, sin hacer indicación de parte, ni separación alguna que fragmente la obra tal cual la publicó Saint-Simon. (N. del T.)

ometer a los legistas, militares, rentistas y funcionarios
a las órdenes de los industriales.

Ambas partes hemos razonado según la experiencia; de esta forma, hemos obrado de acuerdo con el principio que habíais propuesto y que hemos aceptado; no obstante, entre nuestras respectivas opiniones existe esta primera diferencia: que la vuestra está fundada sobre una experiencia parcial, sobre la experiencia de lo acontecido en Europa desde la revolución de Inglaterra, mientras que nosotros, a la nuestra, hemos dado por base la más amplia serie de observaciones que puedan ser deducidas de la historia de los pueblos modernos. Después, entre nuestras opiniones, hay esta segunda diferencia: que habéis considerado la revolución de Inglaterra como si constituyese el último término de la serie de progresos de la civilización, bajo el aspecto político; mientras que nosotros a dicha revolución, así como la organización social a que ha dado lugar, la consideramos como el penúltimo término de la serie de mejoras de las cuales era susceptible el régimen social de los pueblos europeos. Como consecuencia de las consideraciones que acabamos de presentaros, seguimos dando por válido nuestro sistema y consideramos vuestro razonamiento como vicioso.

¿Os queda algo por decir con relación a este tema? ¿Concebís algún otro medio de sostener la tercera objeción que nos habéis formulado?

P. – No sólo tenemos argumentos para sostener nues-

tra objeción, sino que también estamos seguros de salir victoriosos en esta discusión. No nos entreguemos totalmente a las palabras, ni demos primera importancia a las formas; ocupémonos, principalmente, en el examen del fondo de las cosas.

Vos pretendéis que los miembros de la sociedad más capacitados para dirigir bien la administración de la riqueza pública son los más importantes de entre los industriales. Vos pretendéis que si los industriales más importantes fuesen encargados de dirigir los intereses sociales, la sociedad disfrutaría de todas las ventajas a las que puede aspirar, que sería gobernada lo más barato posible y lo menos posible por los hombres más capacitados de administrar bien sus negocios y de la forma más apropiada para mantener la tranquilidad pública. Pues bien, nosotros admitimos vuestra proposición, principio o sistema, que poco importa el nombre que gustéis dar a vuestra producción; y, además, os decimos: vuestro sistema está admitido en Inglaterra, los ingleses lo han puesto en práctica, de forma que debéis pensar que la nación francesa no puede hacer cosa mejor que adoptar la constitución inglesa, que los franceses deben trabajar para naturalizar en Francia dicha constitución; pocas palabras bastarán para probar la justicia de este aserto, es decir, pra comprobar que el sistema industrial se halla establecido en Inglaterra.

En Inglaterra, la administración de la riqueza pública se halla dirigida por los lores, porque los lores dominan el poder real y también a la cámara de los comunes. Ahora bien, la totalidad de los lores tienen depositados intereses más o menos considerables en las empresas de fabricación o de comercio; por consiguiente, los lores son industriales; y, por consiguiente a su vez, el sistema industrial se halla establecido en Inglaterra.

R. – El gobierno inglés en nada es un gobierno industrial; es el gobierno feudal modificado, hasta donde podía llegar a estarlo, en el sentido industrial. Se ha establecido en Inglaterra un régimen transitorio que prepara las vías, que procura los medios a la nación francesa y, además, a la sociedad europea, para pasar del sistema *feudal* al sistema *industrial*, del sistema *gubernamental* al sistema *administrativo*.

Esta resulta ser la forma en que deben ser consideradas las cosas; cuando son vistas de otra forma, la inteligencia no se siente satisfecha y el sentido común se rebela. Desde hace varios años, en Francia se contempla la constitución inglesa como una obra maestra, se habla de ella como del más alto grado al cual pueda llegar el espíritu humano, en política. Y eso prueba que la ciencia política todavía está en la infancia; prueba que los publicistas están todavía sometidos a la rutina; prueba que su espíritu todavía no se ha elevado a consideraciones generales sobre la marcha de la civilización, y no prueba absolutamente nada más. En realidad, Inglaterra todavía no posee constitución; el orden de cosas que se ha establecido allí carece de solidez, de fijeza, y no es susceptible

de ser adquirido. La organización social de los ingleses activa, al mismo tiempo, el principio feudal y el principio industrial; pues bien, como quiera que ambos principios son de naturaleza diferente, e incluso opuesta, resulta que si ambos dirigen, simultáneamente, la nación hacia fines muy alejados el uno del otro, resulta, necesariamente, que el pueblo inglés está constituído en estado de tirantez. El estado político de Inglaterra es un estado enfermo, de crisis, o dicho de otra forma: el régimen bajo el cual vive es un régimen transitorio; su constitución, caso de que os empeñéis en que el pueblo inglés tiene alguna, es una constitución bastarda.

P. – La enfermedad de la cual nos decís está afectado el pueblo inglés presenta un caso patológico enteramente nuevo, y se hace necesario que nos deis una explicación sobre ello. Esta enfermedad resulta bastante extraordinaria; ante todo, bajo el aspecto de su duración, porque ya hace más de un siglo y medio que se inició y todavía no ha concluído. Dicha enfermedad resulta todavía más extraordinaria desde este otro punto de vista, es decir, de cara a la prosperidad social del pueblo inglés, pues ésta se inició al mismo tiempo que su enfermedad política, habiendo ido en constante aumento las ventajas obtenidas sobre los otros pueblos a medida que la pretendida enfermedad progresaba.

Hablando con entera franqueza, señores catequizadores, vosotros mismos tenéis gran necesidad de ser catequizados. No debíais querer darnos lecciones de política, cuando sois vosotros quienes deberíais tomarlas; os proponéis educarnos a nosotros antes de haberos tomado la molestia de realizar vuestra propia educación. Pretendéis que Inglaterra no tiene constitución, que la organización social de dicho país es bastarda, que es un orden de cosas al cual los ingleses se han visto conducidos por la rutina y que no puede sostenerse más que en razón de las costumbres sucesivamente contraídas; un orden de cosas sobre el cual no pueden rendirse cuentas claras y satisfactorias; un orden de cosas que no tiene cabida en otra nación; un orden de cosas, para acabar, que no puede ser tenido como el prototipo para la reorganización de la sociedad europea.

Pues bien, nosotros os respondemos con esto: ¿Acaso no habéis leído ni a Montesquieu, ni a Blackstone? ¿Ignoráis la obra de Delholme? ¿Habéis estudiado los hermosos debates habidos en diversas ocasiones dentro del parlamento de Inglaterra sobre el equilibrio de los poderes?

Leed *El Espíritu de las Leyes* y veréis cómo los hombres jamás inventaron más que estas tres formas de gobierno: despótico, aristocrático y democrático. Reflexionando, reconoceréis que dichas tres formas de gobierno eran las únicas inventables. Por último, en gran número de obras de publicistas ingleses y franceses, hallaréis que las citadas tres formas de gobierno han sido admirablemente combinadas en la constitución inglesa y que, de dicha combinación, resulta el mejor gobierno que existir pueda.

Ahora que hemos aplastado, anulado vuestro sistema, nos apresuramos a deciros que no habéis cometido más que un error: el de haber exagerado la importancia de vuestras ideas. Todos los materiales que habéis empleado en la construcción de vuestro sistema son buenos; tan sólo el empleo que dais a esos materiales, la concepción general que enlaza vuestras ideas, es lo que nosotros hemos pretendido criticar. Desde luego, todas las capacidades deben laborar en pro del desarrollo de la industria; desde luego, los gobiernos deben proteger la industria, pues los trabajos útiles son la fuente de todas las virtudes, al igual que la ociosidad es la madre de todos los vicios; desde luego, los legisladores deben hacer las leyes lo más favorables posible a la producción, porque las naciones más laboriosas son aquellas en las cuales la tranquilidad pública resulta más fácil de mantener; pero no deberíais haber llegado a la conclusión de que la capacidad industrial debe ser la que dirija todas las otras capacidades. En una palabra: los ingleses han hallado y fijado el verdadero término medio en el que es preciso detenerse; en vuestros trabajos, habéis perdido de vista un antiguo proverbio que aquí tiene perfecta cabida: *LO MEJOR SUELE SER ENEMIGO DE LO BUENO.*

R. – No cantéis victoria antes de haberla conseguido, que todavía no hemos llegado al final de la discusión; desde este instante es cuando queda en compromiso, es serio compromiso. Os agradecemos infinitamente la indulgencia que habéis tenido la bondad de testimoniarnos, al final de la vivaz salida que acabáis de hacer en contra de nuestro sistema; mas no necesitamos aprovecharla, ya que nos sabemos en condiciones de rechazar todos los argumentos que habéis lanzado contra nosotros.

Ante todo, contestaremos a las bromas que nos habéis gastado sobre la enfermedad política que hemos dicho había atacado a la nación inglesa, porque no podemos considerar sino como bromas las consideraciones que nos habéis presentado sobre dicho tema. Por lo que a nosotros respecta, no tenemos la más mínima intención de tratar en broma la más nueva e importante cuestión que en la actualidad puede ocupar la inteligencia humana, y así os diremos:

La idea de la enfermedad no ha desempeñado más que un papel bastante accesorio y muy secundario en el cuadro que hemos presentado de la situación política del pueblo inglés; la idea principal, aquella que precisamente debería haber llamado vuestra atención, es la del estado de crisis en el cual se halla la civilización en Inglaterra, desde la revolución habida en dicho país a finales del siglo XVII; y vamos a desarrollar esta idea, ya que su simple enunciado no ha bastado para hacérosla comprender:

La especie humana ha sido destinada, por su organización, a vivir en sociedad.

Al principio, fué llamada a vivir bajo el régimen *gubernamental.*

Del régimen gubernamental o militar, ha sido destinada al régimen *administrativo* o *industrial*, tras haber realizado los suficientes progresos en las ciencias positivas y en la industria.

Por último, debido a su organización, se ha visto sometida a soportar una crisis larga y violenta al producirse el tránsito del sistema militar al sistema pacífico.

Hasta aquí, hemos presentado las consideraciones más generales a las cuales puede elevarse la inteligencia humana con relación a la marcha de la civilización.

Ahora, dicha observación general sobre la marcha de la civilización la aplicaremos a las circunstancias en las cuales se hallan los ingleses. Pero, a fin de que dicha aplicación sea precisa y fácil de captar, es necesario que empecemos por comprobar el estado actual de la nación inglesa, bajo el aspecto de su política interior y bajo el de su política exterior.

Cuando se examina la política interior de Inglaterra y se hace desde un punto de vista lo bastante elevado como para abarcar de un solo vistazo el conjunto, uno se siente impresionado, desde el primer instante, al advertir la existencia del fenomeno más extraordinario que en esto pueda concebirse: los ingleses han admitido, en competencia, dos principios fundamentales para que sirvan de base a su organización social; se reconoce que de ambos principios, siendo de distinta e incluso opuesta naturaleza, debía resultar y ha resultado, en efecto, que los ingleses se han sometido, al mismo tiempo, a dos organizaciones sociales bien dispares, que integran, en todos los sentidos, dobles instituciones; dicho de otra forma: han establecido, en todos los sentidos, las contra-instituciones de cuantas instituciones estaban en vigor, antes de la revolución, en Inglaterra, habiéndolas así conservado en su mayoría.

De esta forma es posible observar que en Inglaterra coexisten la *leva forzosa de marineros* con la ley del *habeas corpus*; se puede ver a un pastor conducir al mercado tanto a su mujer como a la oveja, ambas con la cuerda al cuello. Vende a su mujer por un chelin, sin que nadie le castigue por haberla envilecido, tratándola como a una bestia; sin embargo, le impondrán una multa de cinco libras esterlinas si se comporta brutalmente con respecto a la oveja. La rica, populosa y esencialmente industrial ciudad de Manchester no tiene representante en el parlamento, mientras que un lord cualquiera, propietario de un terreno en el cual se hallaron enclavados burgos que han sido totalmente abandonados, nombra por sí solo hasta nueve diputados, a los cuales utiliza para mantener sus intereses feudales, para acrecentar lo más posible su importancia política y para hacerse retribuir onerosamente por el ministerio a expensas de la nación.

Cien volúmenes *in-folio* y con los caracteres más apretados no bastarían para dar cumplida cuenta de las inconsecuencias orgánicas que tienen lugar en Inglaterra.

Si del examen de la política interior de Inglaterra

pasamos al de su política exterior, se hallan las consecuencias de la organización viciosa que acabamos de señalar; vemos que por una parte el gobierno inglés declara que le pertenece la soberanía de los mares y, en consecuencia, somete todos los pabellones a su inspección, mientras que, por otro lado y al mismo tiempo, labora en pro de la igualdad entre blancos y negros, prohibiendo la trata de negros.

Se ve al gobierno inglés sostener en Europa el régimen gubernamental, mientras que en América apoya el sistema de organización industrial en contra del sistema gubernamental.

En una palabra, la nación inglesa se halla, desde hace mucho tiempo, en estado de crisis bajo el aspecto de política interior, al igual que bajo el aspecto de política exterior; y esta crisis, de la cual participan todos los pueblos que habitan el continente europeo, lo mismo que los del americano, es evidentemente la crisis a la cual ha sido destinada la especie humana, en razón de su organización, y que soporta durante el tránsito del régimen gubernamental al sistema social industrial.

He aquí las consideraciones más generales que podemos presentaros en apoyo de la opinión que combatís desde el principio de esta segunda conversación; y ahora, os conminamos a reconocer que estáis ciegos. Os conminamos, en nombre del sentido común, a reconocer la exactitud de los hechos que os hemos presentado más arriba;

y vamos a reproducirlos para hacer más clara nuestra refutación:

1º Inglaterra no tiene constitución, porque constitución es una combinación de la organización social, por medio de la cual todas las instituciones políticas de una nación derivan de un mismo principio y dirigen las fuerzas nacionales hacia un mismo fin, mientras que las instituciones sociales inglesas son de dos naturalezas distintas, las cuales dirigen las fuerzas nacionales de este pueblo hacia dos fines opuestos.

2º La organización social inglesa, siendo radicalmente viciosa, no debe ser presentada a la nación francesa como un modelo al cual debe esforzarse en semejar tanto como sea posible. Y en Francia, mientras gobernantes y gobernados no hayan adquirido ideas más claras sobre los medios que deben ser empleados para establecer un orden social fijo y estable, perdurará, necesariamente, un estado de cosas revolucionario.

3º Por último, digamos que, inevitablemente, la crisis en que se hallan comprometidas Inglaterra y Francia a la vez, acabará con el completo abandono del sistema feudal y el establecimiento exclusivo del sistema industrial. Las naciones que hoy en día pasan por ser las más civilizadas, no habrán, de forma real y completa, salido de la barbarie hasta que llegue la época en la cual la clase más laboriosa y pacífica sea encargada de dirigir la fuerza pública, y en la cual la clase militar pase a ser completmente subalterna.

P. – No os esforcéis tanto en refutar nuestras objecciones, que tal no es el punto más importante de vuestra empresa; lo que tenéis que hacer es combatir al padre de la ciencia. Tenéis que probar lo erróneo del criterio de Montesquieu, que ese es el único medio que podéis utilizar para conseguir la adopción de vuestro sistema.

R. – Las ciencias realizan continuos progresos. Hoy en día, no hay un solo alumno de la escuela politécnica que no resuelva, con la mayor facilidad, aquellos problemas geométricos cuya solución costó los más grandes esfuerzos al genio de Arquímedes; y ni uno solo de dichos alumnos ignora cosas de la Geometría de las cuales aquel genio prodigioso ni siquiera tuvo conocimiento.

Hace más de un siglo que fue publicado *El Espíritu de las Leyes*. Desde entonces acá, ha tenido lugar el acontecimiento más memorable que nunca haya tenido lugar: la revolución francesa. Por consiguiente, a nosotros nos es dado el argumentar sobre hechos completamente desconocidos para Montesquieu.

Montesquieu fue un gran admirador del régimen social establecido en Inglaterra; y tuvo mucha razón al serlo, porque aquel estado de cosas era irrefutablemente superior a cuanto había existido anteriormente; mas de esto no debemos sacar la conclusión de que si Montesquieu viviese hoy, no concebiría el medio de mejorar considerablemente dicho estado de cosas.

Los ingleses han admitido, han inventado, como se ha repetido en varias ocasiones, instituciones políticas de

carácter industrial, y las han puesto frente –y en oposición– a las antiguas instituciones feudales que existían en su país; de ahí ha resultado que el gobierno feudal, en Inglaterra, se halla mucho más limitado que en las otras naciones europeas.

La revolución francesa no tuvo lugar hasta pasado casi un siglo, después de la revolución inglesa. Necesariamente, la francesa debe dar por resultado un perfeccionamiento de la inglesa. Pues bien, cuando se reflexiona sobre el perfeccionamiento del cual es susceptible la constitución inglesa, a primera vista se reconoce que la fuerza industrial, introducida en la organización social inglesa como *limitadora* de la fuerza feudal, en Francia debe transformarse en la fuerza *dirigente*.

P. – Nos habéis dicho que la nación inglesa se hallaba en estado de crisis y enfermedad desde la revolución habida allí, a finales del siglo XVII.Y nosotros os hemos hecho ver que la enfermedad de la cual petendíais estaba afecto el pueblo inglés poseía un carácter muy extraordinario, primero por su duración, pues tiene más de siglo y medio de existencia; y segundo, siendo por esto todavía más extraordinario, en razón de que la prosperidad del pueblo inglés se inició al mismo tiempo que su enfermedad, a la vez que dicha prosperidad no dejaba de progresar desde que cayó enferma.

Después de eso os acalorasteis, pretendiendo que la idea de la enfermedad no era más que accesoria, mientras que la idea principal era la de crisis. Os habéis em-

peñado en probar que la nación inglesa se halla en estado de crisis, así como que dicha crisis era la que debía provocar el paso de esta nación, al igual que a la especie humana, desde el estado de pubertad al de nación y de especie en disfrute de todas sus facultades. Sin embargo, no habéis dicho ni una sóla palabra sobre la enfermedad que vos pretendéis experimenta.

Os rogamos que deis categórica respuesta a estas preguntas: ¿Opináis que el estado de crisis lleva consigo el de enfermedad, o el estado de enfermedad es distinto al de crisis? En una palabra: ¿cuál es la enfermedad que ataca a los ingleses?

R. – Las naciones y las especies, al igual que los individuos, experimentan una crisis cuando pasan de la pubertad a la madurez, al ser completo el disfrute de todas sus facultades; y dicha crisis resulta más o menos larga, más o menos violenta, más o menos penosa, según las circunstancias particulares en que se hallen las especies, las naciones o los individuos que la experimentan. Algunos individuos pasan dicha crisis sin caer enfermos, mientras otros palidecen.

Aplicando estas generalidades a la cuestión que nos ocupa, os decimos, a fin de responder categóricamente a vuestra pregunta, la cual no teníamos intenciones de eludir:

"La especie humana ha entrado en su crisis de pubertad; fué en la nación inglesa donde dicha crisis empezó a manifestarse claramente; y dicha nación, con ocasión

de esta crisis, se ve atacada por esa enfermedad nacional que en similares circunstancias de los individuos nos hace decir de ellos que están pálidos".

P. – Explicadnos en qué consiste esta enfermedad nacional.

R. – Su primer síntoma es la corrupción de los miembros del gobierno, confesada, declarada, proclamada por ellos, y consentida por los gobernados.

Un segundo síntoma, más general que el primero, es aquel que se manifiesta cuando una nación se vanagloria de estar dominada por la pasión del dinero, cometiendo de esta forma el capital error de confundir el medio con el fin.

P. – Probadnos que estos dos síntomas se han manifestado en la nación inglesa.

R. – Uno de los más célebres ministros que Inglaterra ha producido proclamó, discutió y comprobó, en pleno parlamento, el hecho de que la corrupción era uno de los elementos más importantes que había intervenido en la combinación de la organización social británica.

Vamos a referir la anécdota, que resulta verdaderamente instructiva. Aconteció en un momento en que no había ningún partido de oposición en la cámara. El ministro tomó la palabra y dijo: "Si no os apresuráis a formar un partido de oposición, las arcas del rey se llenarán y la constitución se hallará en peligro, nuestras libertades se verán comprometidas".

Si a este pensamiento le damos un primer desarrollo, veremos lo siguiente:

Todo buen inglés, todo verdadero bretón, debe crearse una conciencia parlamentaria absolutamente distinta e incluso diametralmente opuesta a su conciencia ordinaria; aquel que es llamado a la cámara de los comunes debe oponerse a los proyectos presentados por los ministros, incluso en el caso de que esté convencido de lo buenos y útiles que tales proyectos son para la nación, y debe persistir en la oposición hasta que haya forzado al ministerio a pagarle mucho para conseguir que cambie de actitud. Y una vez que ha vendido su voz y su criterio al ministro, debe sostener cuantos proyectos presente, incluso cuando los considere malos, es decir, contrarios a los intereses de la nación. No obstante, existen ciertos límites para el servilismo que los miembros del parlamento deben al ministro, en compensación de los favores que de él han obtenido. Jamás deben consentir en dejar pasar ningún *bill* [1] que tienda a suprimir la obligación en que los ministerios se hallan de corromper a los miembros del parlamento para obtener así la mayoría en las cámaras.

Los lores, al igual que los miembros de la cámara de los comunes, deben crearse una conciencia parlamentaria, que en su caso les llevará a vender su criterio al rey; pero

[1] Expresión parlamentaria inglesa que significa *proyecto de ley*. (N. del T.)

es propio de la dignidad de par que un lord se haga pagar, ordinariamente, en poder más que en dinero.

Algo esencial que debemos observar es que el pensamiento ministerial que acabamos de desarrollar no disgustó, en absoluto, a los miembros del parlamento, que no extrañó a la nación, y que, por el contrario, hizo merecedor al ministro que lo había pronunciado la reputación de político muy profundo, reputación de la cual todavía disfruta en Inglaterra y en el momento actual.

Si desde las consideraciones sobre la conducta de los miembros que componen las cámaras alta y baja descendemos al examen de la conducta observada por los electores en el ejercicio de sus funciones electorales, no hallaremos menos corrupción en las elecciones que en las cámaras. No es cosa rara el que a un candidato o a sus amigos cueste cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos y hasta quinientos mil francos el ganar su elección; en ocasiones, las elecciones de M. Fox han costado mucho más caras.

Si, por último, examinamos la moral privada que, corrientemente, está admitida en la nación inglesa, hallaremos su carácter fuertemente pronunciado en una expresión muy corriente en Inglaterra. Cuando un inglés dice que un hombre vale tanto, eso significa que posee la suma designada, y nunca quiere significar otra cosa. En el juicio general que los ingleses se forman sobre los hombres, lo único que toman en consideración es la for-

BIBLIOTECA IISUNAM

tuna que posee; hacen total abstracción de cualesquiera otras capacidades o facultades que puedan poseer.

Creemos haber establecido de forma suficiente el hecho de que la nación inglesa está afectada por una enfermedad que corresponde a la palidez en los individuos; y pasamos al examen de otro hecho no menos importante. Véamoslo:

La nación inglesa no tiene conciencia de su enfermedad; por el contrario, cree estar en el mejor estado de salud política posible. Con respecto a esto, lleva el error hasta el extremo de considerar los síntomas de enfermedad como pruebas de salud. Así nos es dado ver a los ingleses engreídos con los vicios de su organización social y presentarlos confiadamente como obras maestras de combinaciones políticas. La forma en que tanto el partido ministerial como el partido de la oposición manejan entre sí los intereses nacionales, la forma que tienen de aplicar sobre los gobernados un doble derecho de comisión, excita su admiración, mientras que tal cosa debería ser objeto de lástima y desprecio por parte de ellos.

P. – Comparación no es razón. Dejad a un lado vuestras ideas sobre las palideces nacionales, y razonemos directamente sobre los importantes hechos que examinamos.

R. – Por el momento, vamos a daros la razón, sin que sea obstáculo para volver a tratar la cuestión, la cual ahora vamos a presentaros bajo otros aspectos:

1º Que los ingleses no tienen ninguna constitución y

que su organización social actual no tiene otro mérito que el haber regularizado la crisis política en la cual se hallan comprometidos.

2º Que la organización social inglesa es un estado de cosas por medio del cual los roces entre los engranajes que componen el mecanismo político han sido multiplicados lo máximo posible, de donde resulta que los inconvenientes inherentes a las instituciones feudales, que siguen siendo fuerza directriz, han disminuído considerablemente.

3º Que la admiración profesada por los ingleses con relación a su organización social, la cual consideran como una obra maestra, es un error ridículo por su parte.

P. – Tras haberos dado la razón sobre cuanto queda dicho, os rogamos nos indiquéis aquello que de los errores políticos del pueblo inglés puede resultar para la nación francesa.

R. – Los errores políticos del pueblo inglés no supondrían ningún inconveniente para la nación francesa, si la nación francesa se tomase la molestia de examinar sus asuntos con ssu propios ojos y los juzgase con la capacidad política que le es personal; si estudiase de forma conveniente sus precedentes, intentando descubrir los medios de que dispone para llegar al fin que desea alcanzar y siguiendo el camino seguido hasta el presente; si, resumiendo, se hubiese formado una opinión política que fuese verdaderamente suya, y si, por el contrario, no hubiese tomado a los ingleses por guías en la búsqueda

de los medios que debe emplear para establecer en Francia una organización social proporcionada al estado de sus conocimientos y de su civilización.

Empecemos por fijar nuestras ideas sobre la marcha que los franceses deben seguir en política; una vez hecho esto, nos será fácil apreciar en su justo valor la que han adoptado.

Guizot, de manera clara, precisa e irrefutable, ha establecido los siguientes hechos en sus *Ensayos sobre la Historia de Francia e Inglaterra.*

Ha probado:

1º Que las instituciones primitivas de las naciones francesa e inglesa habían sido distintas.

2º Que estas instituciones no se habían modificado de la misma forma en los dos países y que los progresos de la civilización habían tenido caracteres bien diferenciados en ambos pueblos.

3º Que la realeza siempre había adquirido importancia en Francia, mientras que en Inglaterra eran los pares quienes se habían transformado en la institución más importante.

De los tres hechos citados, Guizot sacó la conclusión de que los franceses no debían utilizar los mismos medios ni proceder de la misma forma en el perfeccionamiento de su organización social.

Desarrollando la conclusión de este excelente publicista, decimos:

Lo que en Francia debe ser perfeccionado es la institución de la realeza. En Inglaterra, lo que debe ser reconstituído es la dignidad de los pares. En Francia, la realeza debe revestirse del carácter industrial y abandonar completamente el carácter feudal; mientras que en Inglaterra, antes que cualquier otra institución, es la dignidad de los pares la que debe despojarse enteramente del carácter feudal, para adoptar la marcha industrial.

Considerando desde este punto de vista, el único bueno, la marcha que siguen los franceses desde la restauración, época que dio fin a sus extravagancias revolucionarias, vemos que ha sido y es falsa, mala; en una palabra, que ha sido completamente errónea, y tanto por parte de los gobernantes como de los gobernados; puesto que unos y otros se han dedicado a extasiarse de admiración ante la organización social inglesa; puesto que unos y otros dejan dominar sus inteligencias por los principios de política adoptados en Inglaterra.

P. – Cuando acabáis de decirnos exige varias aclaraciones.

Ante todo, os rogamos que nos probéis que la nación francesa se deja dominar, como pretendéis, por las ideas inglesas con relación a su política.

R. – Muy fácil nos resultará suministraros dicha prueba, pues el siguiente hecho es del dominio público y se reitera todos los días: que los partidos políticos franceses luchan entre sí a golpe de constitución inglesa; lo mismo la izquierda que la derecha, el centro-derecha que el centro-izquierda, apoyan sus opiniones en ejemplos to-

mados de lo que sucede en Inglaterra; el gran argumento ministerial para sostener la proposición que piensa realizar durante el septenio, es manifestar que tal medida ha sido adoptada por los ingleses.

Una reflexión que surge con naturalidad en esta ocasión es que el encaprichamiento de los franceses por la organización social inglesa debe ser muy grande, pues no se han dado cuenta de la facilidad hallada por todos los partidos en citar ejemplos de la política observada por los ingleses desde su revolución, para ganar así el favor público; esta es la más completa prueba que ofrecerse pueda de que la organización social inglesa no es más que una *aglomeración* de principios y de medidas incoherentes; así como de que resulta humillante para la nación francesa el considerarla como modelo a imitar.

P. – Volvamos a la cuestión precedente: es importante, nueva y muy satisfactoria para el amor propio nacional, razón por la cual merece, bajo todos los aspectos, que se profundice en ella, que se la examine con el mayor cuidado. Es preciso que las ideas nuevas se presenten repetidas veces y bajo distintas formas, para conseguir su adopción. Tened la bondad de reproducirnos vuestra opinión, cambiando únicamente la manera de exponer vuestras ideas.

R. – Vamos a daros satisfacción:

"Todos los pueblos de la tierra tienden hacia el mismo fin; este fin hacia el cual tienden es el de pasar desde el régimen *gubernamental*, FEUDAL y MILITAR, al

régimen *administrativo*, INDUSTRIAL y PACIFICO; dicho de otra forma: a desembarazarse de las instituciones cuya utilidad no es más que *indirecta*, para establecer aquellas que sirvan *directamente* al bien común, las cuales siempre redundarán en provecho de la mayoría contra los intereses particulares.

"Cada pueblo ha adoptado una marcha de carácter personal; cada pueblo se ha abierto un camino particular para alcanzar dicha meta.

"Los pueblos europeos se han acercado más que ningún otro de la tierra a dicho fin, y las menos alejadas son, hoy en día, las naciones francesa e inglesa.[1]

Para aproximarse a este fin, los franceses han perfeccionado el sistema monárquico, mientras que los ingleses han creado el sistema parlamentario; el pueblo francés es esencialmente realista, mientras que el pueblo inglés, esencialmente parlamentario, siempre demuestra desconfianza con relación a la realeza.

Esta diferencia proviene de que los reyes de Francia se han aliado a los industriales en contra de los nobles, mientras que en Inglaterra son los nobles quienes se han aliado con los industriales en contra de la realeza".

1 Muchas personas se imaginan que los americanos están más avanzados en política que los europeos: se equivocan. No es difícil mantener el orden entre un número de cultivadores relativamente pequeño que, a la vez, están repartidos en una gran extensión territorial. La gran dificultad consiste en hacer vivir a un gran número de hombres en una pequeña extensión territorial. Véase la nota sobre los Estados Unidos al final del *Catecismo*.

R. – Dadnos, en pocas palabras, una idea bien clara de la forma en que se efectuará la gran transformación política que hará pasar a la especie humana del sistema gubernamental al régimen industrial.

Decidnos cuál será la primera y cuál la segunda de las naciones donde dicha transformación empezará a efectuarse.

R. – La primera nación en la cual se iniciará esta transformación será aquella en la cual se opere, en forma pacífica, un movimiento, cuyo resultado sea que la institución más importante, la que ejerza mayor influencia sobre la administración pública, adopte el carácter industrial y se despoje del carácter gubernamental.

P. – ¿Cuál es, de entre todas las naciones europeas, de entre todas las naciones del globo, aquella en la cual puede operarse dicho cambio con mayor facilidad?

R. – La nación francesa.

P. – ¿Qué otorga a la nación francesa esta ventaja sobre las otras?

R. – Que la nobleza, es decir, la única institución interpuesta entre el rey de Francia y los industriales, ya no posee fuerza real, pues ya no es preponderante en razón de sus propiedades y, además, porque la opinión popular ya no le es favorable. De forma que, en Francia, no existe ya obstáculo importante para la unión de la realeza con la clase industrial, y porque dicha unión se efectuará necesariamente, pues tanto interesa al rey como a los industriales el unirse íntimamente.

P. – Pero, de la unión del rey de Francia con los industriales, ¿resultará que la realeza adopte el carácter de los industriales, al tiempo que se despoja del carácter gubernamental?

R. – Desde luego, porque es consecuencia directa de la unión del rey de Francia con los industriales, el que Su Majestad integre su consejo supremo principalmente de industriales; que el presupuesto sea concebido principalmente por industriales, etc.

P. – Después de la nación francesa, ¿cuál será la primera que pase desde el régimen gubernamental al régimen industrial?

R. – La nación inglesa.

P. – Decidnos por qué será después de la nación francesa cuando la inglesa decida efectuar la transformación necesaria para pasar del régimen gubernamental al industrial. Y no perdáis de vista lo mucho y bien que deberéis argumentar vuestra respuesta, porque vuestra manera de ver las cosas con relación a esto se halla en directa oposición con la opinión pública de Francia, de Inglaterra y del mundo entero, que considera a la nación francesa, bajo el aspecto político, atrasada con relación a Inglaterra.

R. – Los lores han llegado a dominar la realeza, no dejando al rey más que el decoro de ésta; pero es en la realidad donde ellos explotan el poder real en provecho propio, es decir, en provecho del feudalismo. De esta forma, aseguramos que la institución política

más preponderante en Inglaterra, la que ejerce la mayor influencia sobre la administración de la riqueza pública, la que da impulso a todo el mecanismo político, es la dignidad de los pares. Pues bien, resulta más, mucho más difícil, transformar en industrial el carácter feudal de los lores, que operar dicha transformación con la realeza. De donde resulta que el gobierno francés debe adquirir el carácter industrial antes que el gobierno inglés.

El rey de Francia, al transformarse en industrial, es decir, encargando a los industriales más importantes la preparación del presupuesto, no perderá personalmente nada, ninguno de sus disfrutes individuales se verá mermado, porque la reforma únicamente deberá realizarla sobre sus cortesanos y sus funcionarios públicos, capacitados o inútiles. En Inglaterra, por el contrario, al ser la dignidad de los pares la institución más importante, ya que los pares explotan el poder real, la reforma recaería precisamente sobre aquellos en cuyas manos se halla el poder, y que tienen un gran interés en oponerse a dicha transformación.

Los lores, en su calidad de lores, dejando las consideraciones de capacidad a un lado, se hacen con una suma enorme, en *sinecura*, gajes, pensiones, gratificaciones, etc., del presupuesto de la nación, es decir sobre la riqueza nacional, sobre la clase productora o industrial. Si a esta mengua pecuniaria que los lores hacen a los industriales, añadimos la mengua en poder, considera-

ción e importancia social, se reconocerá que los industriales ingleses, de forma muy positiva e importante, experimentan los inconvenientes del régimen gubernamental o feudal.

De cuanto acabamos de decir, sacamos la conclusión de que el régimen industrial debe establecerse en Francia antes de que sea adoptado en Inglaterra, porque los industriales franceses se ven más estimulados a establecerlo, al tiempo que los miembros del feudalismo poseen menos medios de resistencia en Francia que en Inglaterra. Nuestra opinión a este respecto se hará más clara cuando comparemos los medios que en Francia e Inglaterra deben ser utilizados para el establecimiento del régimen industrial.

P. – ¿Cuándo se iniciará la realización del cambio que debe hacer pasar la nación francesa del régimen gubernamental al industrial?

R. – No es posible designar la época de una manera precisa, pero resulta evidente que no puede estar lejana ahora, cuando se ha hallado el medio de establecer, en Francia, un estado político sosegado y estable; porque las personas honradas (que, se diga lo que se diga, forman la inmensa mayoría entre los gobernados e incluso entre los gobernantes), están hartas de la revolución; desean ardientemente salir de los escollos entre los cuales ha navegado la nave desde hace más de treinta años, y están dispuestos a realizar los más grandes sacrificios para establecer un estado de cosas sosegado y

estable, un estado de cosas que suprima a los intrigantes y los fuerce a convertirse en hombres laboriosos y pacíficos.

P. – Tened en cuenta, pues, que incluso admitiendo que el medio propuesto por vos para establecer un orden de cosas sosegado y estable sea bueno, sea el mejor para alcanzar tal fin, sea, en una palabra, de un éxito infalible, sigue siendo cierto que será necesario mucho tiempo para hacerlo conocido, y mucho más tiempo todavía para que sea apreciado, juzgado, y para que los interesados lleguen a un punto de convicción suficiente para que se decidan a ponerlo en práctica.

R. – Este medio es tan fácil de exponer que no existe uno solo que no se halle en estado de explicarlo a sus camaradas, y el puro y simple sentido común basta para juzgarlo por completo. Por ello, persistimos en el criterio expuesto más arriba: la época en la cual se iniciará el cambio que debe provocar el paso de la nación francesa desde el régimen gubernamental al régimen industrial no puede estar lejos.

P. – Decidnos ahora cómo dicho cambio empezará a efectuarse; decidnos qué lo provocará, así como quién lo revestirá de una forma legal.

R. – Será la clase industrial la que lo provoque y el rey quien lo revista de una forma legal; todavía decimos más: será el rey quien lo efectuará por medio de una simple ordenanza.

P. – ¿Qué lenguaje emplearán los industriales con

el rey? ¿Bajo qué forma presentarán los industriales sus ideas a S.M.?

R. – Los industriales deben depositar a los pies del trono un *placet*, en el cual se expresarán, aproximadamente, de la forma siguiente:

"SIRE:

"Desde Hugo Capeto hasta el reinado de Luis XIV comprendido, ha existido una coalición muy activa contra la nobleza entre vuestros antepasados, los reyes, y nuestros precursores, los industriales. Los esfuerzos han estado bien combinados, las fuerzas, tanto por una parte como por otra, han sido bien utilizadas, y, como consecuencia, la meta fué alcanzada bajo el reinado de Luis XIV. Desde esta época, la nobleza ha carecido, en el Estado, de existencia propia; la importancia que los nobles han conservado desde tal época ha estado fundada, únicamente, en las faltas políticas cometidas bien por parte de la realeza, confiándoles empleos públicos de los más importantes y lucrativos; bien por parte de los industriales, quienes les han dado inmensas riquezas, sacrificándoles, en razón de una vanidad mal entendida, sus hijas y el producto de sus trabajos.

"SIRE:

"Desde finales del reinado de Luis XIV hasta hoy, grandes errores políticos han sido cometidos por parte

de la realeza y de los industriales. Los primeros errores, durante el citado lapso de tiempo, han sido de los reyes; luego han sido los industriales quienes han tenido mayores inconvenientes en razón de sus propios errores. Desde finales del reinado de Luis XIV hasta la muerte de Luis XV, fué la realeza quien cometió los mayores errores; desde el advenimiento al trono del virtuoso Luis XVI, son los industriales quienes más tienen de qué reprocharse.

"¿Qué debería haber hecho la realeza tras la muerte de Luis XIV?

"La realeza habría debido organizar el régimen industrial. El rey debería haber hecho suyo el título de primer industrial del reino; debería haber confiado a los industriales más importantes la alta dirección de la fortuna pública, reuniéndolos cada año unos cuantos días para preparar el presupuesto.

"¿Y qué hizo la realeza desde la muerte de Luis XIV hasta el advenimiento al trono del infortunado Luis XVI?

"Primero el regente, y Luis XV inmediatamente después, consideraron la realeza como una sinecura; creyeron que no tenían otra cosa que hacer en esta vida que gozarla; se han formado harenes, cual si fuesen chas de Persia o emperadores mongoles; y, como consecuencia de un vértigo inconcebible y de una ceguera total sobre los verdaderos intereses de la realeza, realizaron muchísimos dispendios sin finalidad útil, y se divirtieron cuanto les fué posible con los nobles vencidos a expensas de los industriales vencedores.

"SIRE:

"Es a los reyes más que a nadie a quienes resulta útil conocer la verdad. Esperamos que S.M. sabrá excusar la franqueza con la cual acabamos de referirnos a la conducta de la realeza, la observada desde la muerte de Luis XIV hasta el advenimiento al trono de Luis XVI. Por otra parte, S.M. verá que no somos menos severos para con nuestros precursores y para con nosotros mismos, que para con los augustos jefes de la nación.

"Aquí va a iniciarse el capítulo de nuestras confesiones; es del presente de lo que vamos a hablar. Todos los acontecimientos que vamos a recapitular han tenido lugar ante los ojos de Vuestra Majestad, habiéndoos afligido profundamente.

"En cuanto sube al trono vuestro augusto hermano, se apresura a proclamar que su intención es reparar las faltas cometidas por la realeza bajo el reinado de Luis XV y bajo el regente, así como que desea gobernar la nación de acuerdo con el interés de la mayoría de sus súbditos. Este buen príncipe se muestra severo en sus costumbres, al igual que ahorrativo en sus dispendios personales; en alta voz convoca los consejos y llama a sí la gente honrada, para que secunde sus buenas intenciones.

"La clase industrial en bloque debería haber respon-

dido con empeño a este generoso llamamiento; pero en lugar de cumplir con tal deber y de obrar en tan importante ocasión de acuerdo con sus intereses, apoyando con todas sus fuerzas los filantrópicos proyectos del rey, permanece como fría espectadora de la lucha entablada entre el generoso monarca, por una parte, y los cortesanos y privilegiados, por otra: el rey combatiendo por la nación y la corte defendiendo los abusos.

"Luis XVI sostiene con bravura aquella lucha, durante doce años; llama al ministerio al filantrópico Turgot y al banquero Necker; solicita y obtiene la amistad y todo el afecto de Malesherbes, quien le ayuda con sus consejos; y, por último, no estando apoyado por la clase industrial, es decir, por la nación, se ve obligado a declarar que existe un déficit de cincuenta y seis millones, que no sabe cómo compensar. Reúne a los notables, convoca un pleno de las cortes, y, tras estas dos tentativas inútiles, convoca los estados generales.

"La clase industrial debería haberse presentado en tan importante circunstancia; debería haber empezado por compensar el déficit, y, después, debería de haberle dicho al rey:

"Para que no se forme de nuevo el déficit, no existe más que un solo medio: cambiar la clasificación de vuestros súbditos. Aquellos que derraman más dinero en el tesoro real y que retiran menos deben ser llamados al primer rango; es a ellos a quienes Vuestra Majestad

debe confiar la alta dirección de la administración de la fortuna pública."

"SIRE:

"Sin duda, vuestro virtuoso hermano habría acogido calurosamente esta leal proposición: en tal caso, la revolución no habría tenido lugar; en tal caso, se habría operado un gran bien que habría costado muy poco esfuerzo y que no habría ocasionado ningún mal; mientras que la revolución ha hecho adquirir, a cambio de grandes males, el bien que ha producido.

"En lugar de hacer lo que debía, lo que acabamos de decir, la clase industrial, considerando la realeza como parte del cuerpo de la nobleza, se alegró al ver el embarazo en la cual se halló el rey y, olvidando que el tesoro real es al mismo tiempo el tesoro nacional, le negó cualquier crédito.

"Se reúnen los estados generales y se integran en asamblea constituyente. La Asamblea constituyente demolió, pieza por pieza, todas las partes del poder real; y tras haber puesto al generoso Luis XVI en la imposibilidad de defenderse personalmente, así como preservar a la nación de la acción de los intrigantes, la Asamblea se retira, dando a sus trabajos el pomposo título de constitución y forzando al rey a jurar que mantendrá esa pretendida constitución.

"La Asamblea legislativa sucede inmediatamente a la Asamblea constituyente; esta asamblea, cuya gran mayo-

ría está integrada por legistas, literatos, doctores al *uso* de todas las clases, con la mente exaltada por griegos y romanos, no sueña más que en república.

"La Convención sucede a la Asamblea legislativa, y completa los errores cometidos por la Asamblea constituyente y por la Asamblea legislativa; al mismo tiempo que anula al infortunado, al generoso filántropo Luis XVI, anula la realeza, que era la institución fundamental de la organización social francesa; remplaza el régimen monárquico por el régimen republicano; establece la república más democrática que jamás haya existido; una república tan democrática, que son los hombres de la clase más pobre e ignorante quienes ejercen la mayor influencia: en una palabra, la Convención constituye legalmente la más completa anarquía.

"La clase industrial habría debido explicar a la Asamblea constituyente, imponer silencio a los doctores al *uso* de la Asamblea legislativa y colocar a la mitad de los miembros de la Convención en Bicerta y la otra mitad en Charenton.

"La clase industrial habría debido devolver al buen Luis XVI toda su autoridad, aumentarla incluso, desembarazándola de la influencia ejercida sobre ella por los cortesanos y los privilegiados, y decidiéndola a que encargase la tarea de preparar el presupuesto a aquellos que más derraman en el tesoro público, siendo también los que menos sacan.

"La clase industrial no ha seguido esta conducta y

le costó verse severamente castigada, porque la ley del máximo ha arruinado a los empresarios de trabajos industriales.

"Bonaparte, a continuación, restaura el trono y se sienta en él y se pone una corona en la cabeza y en la mano el cetro. Los industriales deberían haberse opuesto a la usurpación de la realeza francesa, porque un usurpador no puede ser el fundador de una monarquía industrial: necesita de la fuerza para mantenerse y no puede establecer otro rígimen que el militar; los industriales no lo hicieron y caramente pagaron su falta: la quema de las mercancías inglesas destruyó una gran parte de sus capitales.

"Cuando Vuestra Majestad regresó a Francia y se elevó al trono, los industriales deberían haberse ofrecido ellos mismos a satisfacer todos los compromisos contraídos con el extranjero; además, deberían haber puesto a vuestra disposición una suma considerable para daros los medios de compensar y resarcir a los fieles que os han seguido. Vos, a buen seguro, no habríais tomado a mal que, al mismo tiempo, os rogasen la supresión de los títulos feudales, convertidos en algo ridículo e inútil desde que la clase industrial ha probado que posee toda la energía necesaria para impedir a los extranjeros la invasión del territorio. Vos, a buen seguro, habríais consentido en dejar que fuesen los franceses que más contribuyen al tesoro público y quienes menos lo merman los que preparasen el presupuesto; porque esos franceses,

que no son otros que los empresarios de los trabajos industriales más importantes, son, de entre vuestros súbditos, los que tienen más capacidad administrativa.

"Si las cosas hubiesen acontecido así, la monarquía industrial se habría visto constituída en el mismo momento de vuestro regreso a Francia.

"Como quiera que la clase industrial no se presentó por propio impulso ante V.M. cuando regresasteis a Francia y como quiera que no os ofrecieron abiertamente el apoyo de que disfrutó la antigua realeza cuando lo necesitó para su establecimiento, vos, Sire, habéis tenido que buscar en los gobernantes lo que no hallabais en la clase que integra el verdadero cuerpo de la nación; habéis tenido que reconocer las dos noblezas; habéis tenido que multiplicar los empleos en la administración de la riqueza pública; habéis tenido, en una palabra, que aumentar considerablemente las cargas que soportábamos antes de la revolución; justo castigo al error político que hemos cometido al no mostrarnos abiertamente realistas, borbonistas, tal como deberíamos haberlo hecho.

"Todavía nos queda una confesión que hacer. Y esta confesión pondrá fin a la confesión general.

"En 1817, V.M. se dió cuenta de que la antigua nobleza intentaba reconquistar la importancia que antaño gozaba en Francia; que laboraba para establecer su dominio sobre la realeza y para remplazar al régimen monárquico por un sistema aristocrático. Hicisteis un llamamiento a la clase industrial, declarando, por medio de un decreto, que las cédulas reales serían consideradas como impuesto directo. Resulta evidente que en dicha circunstancia, no deberíamos haber enviado a la diputación más que sinceros realistas, realistas borbónicos; que deberíamos haber escogido los diputados entre nuestras filas, es decir, entre aquellos que contribuyen con mucho dinero al tesoro público, sin retirar de él nada. Desgraciadamente, muchos de entre nosotros dieron sus votos a hombres que no habían hecho justicia al bienintencionado Luis XVI; otros llamaron a la diputación a celosos partidarios del hijo de Bonaparte, y casi todos apoyaron las pretensiones de candidatos que si bien eran buenos oradores, se preocupaban muy poco de contribuir con dinero al tesoro público, y cuya única ambición consiste en menguarlo lo más posible con pensiones, gajes, gratificaciones, etc.

"Este último error nos ha hecho perder la poca consideración política que habíamos adquirido, y ha sido causa del rápido acrecentamiento de los gastos públicos (que hoy en día ascienden a mil millones por año), obligando a Vuestra Majestad a aumentar la fuerza del ministerio, a incrementar el número e importancia de los funcionarios públicos, ya que únicamente en los gobernantes hallan los Borbones un verdadero apoyo.

"Sí, lo hemos reconocido y lo confesamos en este momento: la verdad es que debemos aplicarnos muchos de los reproches que hasta el presente hemos dirigido a la

realeza, a los Borbones, y, particularmente, a la corte. No obstante, una cualidad que es inherente a nuestra naturaleza, que cotidianamente adquiere nuevo desarrollo y que nos garantiza todavía el poder reparar cuantos errores hemos cometido; dicha cualidad consiste en que somos esencialmente laboriosos y que, por consiguiente, poseemos una superioridad real y positiva sobre los nobles y los cortesanos, fuere cual fuere su origen.

Existe, en una palabra, esta diferencia entre nuestra existencia política y la de los Borbones: que estamos seguros de alcanzar el primer rango social y que los Borbones tienen el urgente interés de consolidar rápidamente su trono, fundando la monarquía industrial.

"SIRE:

"Desde hace cien años, en Francia, han tenido lugar grandes errores políticos, de un lado cometidos por la realeza, y del otro por los industriales; pero dichos errores, por grandes que hayan podido ser algunos de ellos, no han podido anular los precedentes de la nación francesa, ni cambiar sus destinos políticos. Desde hace mil cuatrocientos años, la nación francesa vive bajo el régimen monárquico; desde que vuestra augusta dinastía ascendió al trono hasta la muerte de Luis XIV, los Borbones y los industriales han estado ligados, primero contra los grandes vasallos, despu;s contra los pequeños vasallos y, por último, contra los privilegiados de todas clases.

"La nación francesa está llamada por sus precedentes a vivir bajo el régimen monárquico industrial.

"La realeza no dejará de sentir malestar y la clase industrial, es decir, la nación, no dejará de estar descontenta del gobierno, hasta que la monarquía industrial no quede constituída.

"Nada puede oponerse al establecimiento de la monarquía industrial, en Francia, si de un lado los industriales franceses y de otro la casa de Borbón quieren constituir esta forma de gobierno.

"¿Cuáles son las clases que podrían oponerse al establecimiento de la monarquía industrial en Francia? La nobleza antigua es, incontestablemente, la que dispondría de más medios para obstaculizar la gran operación política, en razón de que el apoyo de todas las nobleza europeas todavía le conceden una gran fuerza. Pero, por una parte, dicha fuerza es muy inferior a la de los Borbones e industriales coaligados para alcanzar una meta de utilidad común; y por otra, los antiguos nobles han conservado la generosidad entre sus sentimientos y consentirán, con mucha más facilidad que la imaginada generalmente, el establecimiento de un orden de cosas que aseguraría la tranquilidad interior y la prosperidad de la nación francesa. Los antiguos nobles se han peleado con cualquier innovación política. Laboran, con todas sus fuerzas, en el restablecimiento del antiguo régimen, porque se indignaron ante las atrocidades cometidas durante la revolución; porque cuantos hasta hoy han di-

rigido el movimiento nacional de renovación han sido unos intrigantes, o unos locos; porque ninguno de ellos ha merecido una estimación, porque ninguno de ellos ha presentado ideas claras sobre la forma de gobierno que convenía al estado actual de la civilización, porque ninguno de ellos les ha demostrado que la supresión de la nobleza significaría una gran ventaja para la nación. Pero lo que más les ha irritado, y con toda razón, ha sido la creación de una nueva nobleza.

"En cuanto a la nueva nobleza, no es amada ni apreciada por la nación; no tiene partidarios y amigos ni fuera ni dentro; es una institución que nació muerta, cuya existencia empezó ayer y concluirá mañana; carece, en absoluto, de medios para oponorse al establecimiento de la monarquía industrial.

"Los burgueses, es decir, los legistas que no son nobles, los militares que son plebeyos, los propietarios que no son industriales, poseen mucha más fuerza que la nueva nobleza; pero carecen de fuerza real, como no sea que la adquieran combinándose con los antiguos nobles, de los cuales son emanación: no tienen carácter político propio, en realidad no son más que una nobleza de reducido patrón; su existencia, como corporación política, no puede prolongarse más allá de la correspondiente a la verdadera nobleza.

"El ejército, hoy en día, se compone de soldados que no demuestran ninguna preferencia por el estado militar, de soldados que, tanto por sus usos como por sus

costumbres, son esencialmente industriales; por consiguiente, no serán ellos quienes se opongan al establecimiento de la monarquía industrial. Así pues, en el ejército, tan sólo los oficiales pueden desear que la profesión militar siga siendo más considerada y aventajada en la organización social que la profesión industrial.

"SIRE:

"La monarquía francesa tuvo que ser esencialmente militar hasta la muerte de Luis XIV; es decir, la primera clase del Estado tuvo que integrarse con hombres principalmente militares, porque, hasta dicha época, el fin de la nación consistía, esencialmente, en conquistar.

"Desde Luis XIV hasta el presente, la monarquía francesa no ha podido ser más que un gobierno bastardo; la clase militar había perdido su preponderancia; la clase industrial todavía no había podido establecer la suya. Sin embargo, este período no se ha perdido para los progresos de la civilización. Es precisamente durante este siglo, cuyos acontecimientos no es posible analizar como es debido, en razón de que están muy enredados, cuando se opera la transición de la monarquía militar a la monarquía industrial.

"En el estado presente de la civilización, la monarquía industrial es la única que puede convenir a la nación francesa, la única que puede adquirir solidez en Francia, porque el fin de la nación es prosperar por medio de los trabajos pacíficos, de donde resulta que la primera

BIBLIOTECA

clase del Estado debe ser eminentemente industrial, al tiempo que para esta primera clase las ocupaciones militares no deben ser más que cosa secundaria y accidental, que no deben tener lugar excepto en caso de invasión del territorio, y únicamente hasta la expulsión del extranjero.

"SIRE:

"El nombre de monarquía constitucional, dado a vuestro gobierno, basta para dar a conocer la situación política de Francia en la actualidad; este epíteto de constitucional, horriblemente metafísico, designa un estado de organización social bastardo, un estado social en el cual los hacedores de frases y los *escritorzuelos* [1] integran la clase dominante, y, en efecto, la pobre nación francesa y su pobre realeza han sido devoradas por ellos durante todo el siglo XVIII; y, desde hace cerca de cuarenta años, la *leguleyería* [1], quintaesencia de la *parlanchinería* y de la *escritorzuelería*, domina a la realeza y a la nación.

"Ya es hora, Sire, de concluir la gran transición política que ocupa a la nación y a la realeza francesas desde hace más de un siglo; ya es hora de proclamar el régimen industrial, la monarquía industrial.

"Todos nosotros, entregados a la profesión industrial, nosotros, que en Francia somos más de veinticinco millones de hombres, nos juramentamos para defender, a vida o muerte, la institución de la realeza en Francia y la dinastía de los Borbones, contra cualquier intento que pudiera ser maquinado, tanto en el exterior como en el interior, contra dicha institución o contra dicha dinastía.

"Y nosotros, muy respetuosamente, suplicamos a Vuestra Majestad que se digne formar una comisión de los más importantes industriales para encargarles la tarea de preparar el presupuesto."

* * *

Este *placet* debe ser firmado por todos los franceses cuya importancia o existencia depende de los éxitos que obtienen en los trabajos industriales que les ocupan; es decir, debe ser firmado por más de veinticinco millones de franceses.

P. – Si este proyecto de *placet* no ha sido concebido por vos más que como un supuesto, lo aprobamos infinitamente, porque dicho supuesto os ha proporcionado el medio de exponer vuestras ideas con mucha claridad, firmeza y rapidez; pero si presentáis tal proyecto a los industriales como un proyecto serio, como un proyecto

1 *écrivassiers.*

1 En el original figura la siguiente nota de Saint Simon: *"Por* AVOCACERIE *entendemos aquí los razonamientos de los abogados sobre las materias políticas."*

El término *avocacerie* lo hemos traducido por *leguleyería*, al cual hacemos extensiva la aclaración que Saint-Simon consideró necesaria en el original francés. (N. del T.)

al cual queréis comprometerles para ejecutarlo, os equivocáis en vuestra aspiración, porque ese proyecto les espantará y, con ello, no querrán hacerse partidarios de vuestro sistema.

R. – No nos ocultamos a nosotros mismos que los industriales, hasta el presente, han sido excesivamente prudentes en lo político y no han demostrado la más mínima audacia en ese aspecto; eso es, precisamente, lo que ha provocado el que hoy en día no exista todavía un partido político industrial; eso ha sido lo que ha hecho que los industriales, siempre en su papel de espectadores de las luchas políticas, hayan sido siempre las víctimas; han sido víctimas de los jacobinos, luego víctimas de Bonaparte; y, desde la restauración, son la presa que se disputan entre sí los ultra, los liberales y los ministeriales. En todos los sentidos, aquellos que son prudentes, que carecen de audacia, son nulos, porque la prudencia carece de valor, excepto en los casos en los cuales se combina con la audacia.

P. – La verdad es que la educación política de los industriales está todavía por hacer, y vos les dais consejos que no podrán convenirles hasta que su educación esté realizada.

R. – Hemos reconocido que la educación política de los industriales estaba por hacer; precisamente porque hemos sentido profundamente dicha verdad, hemos emprendido la publicación de un catecismo de los industriales. Así que, sobre este punto, estamos perfectamente de acuerdo; pero parece que no vemos las cosas de la misma forma con relación a la conducta que debe ser observada en la educación política de la clase industrial.

Dar a los discípulos el sentimiento de su propio valor, inspirarles confianza en sus medios, nos parece la primera cosa de la cual es preciso ocuparse, cuando no se trata de niños a los que educamos, sino personas hechas y derechas a quienes se ofrecen consejos.

Ejercitar a los discípulos en la práctica y no hablarles de teorías más que con ocasión de la práctica que ejercen, es el segundo principio que nos ha parecido esencial seguir.

Por último, y para no prolongar más esta discusión episódica, os diremos que nuestra intención consiste en constituir, lo antes posible, el partido industrial, y que el medio más seguro para ello es conseguir que los industriales manifiesten directamente sus deseos al rey, y sin emplear ningún intermediario.

Volvamos a la discusión iniciada, que tiene por objeto determinar cuál de las dos naciones, la francesa o la inglesa, es la que está más cercana a la meta hacia la cual tiende toda la especie humana: pasar del régimen gubernamental al régimen industrial; que tiene por objeto poner en evidencia los diferentes medios que dichas naciones deben emplear para alcanzar dicha meta. Ese era, precisamente, el punto en que nos hallábamos dentro de la discusión: prosigamos con el examen, sin cam-

biar la orientación que le habíamos dado. En cuanto al proyecto de *placet*, sois libres de considerarlo como una ficción o una realidad, como algo que puede ser puesto en práctica dentro de diez años, o ejecutado mañana mismo, pero en esta discusión sigamos teniéndolo por un proyecto serio.

P. – Es cierto que si dicho *placet* fuese firmado por todas las personas entregadas a la profesión industrial en Francia, produciría un gran efecto político; incluso estamos persuadidos de que en tal caso sería favorablemente acogido por S.M. Pero la gran dificultad en este asunto no estaba en redactar el *placer*, sino que reside en hacerlo firmar por todos los interesados, pues si tan sólo fuese firmado por un reducido número de personas, no tendría más que un valor filosófico y produciría poco efecto.

R. – Colocáis la carreta antes que los bueyes. La gran dificultad de este asunto residía en concebir y ordenar las ideas que se exponen en dicho *placet*; el hacerlo firmar no es más que una dificultad muy secundaria.

Una agrupación de banqueros igual o semejante a cuantas, en los últimos tiempos, se han presentado para realizar los empréstitos propuestos por el gobierno, conseguiría más fácilmente la firma de todos los industriales de Francia para el *placet*, que las compañías arrendatarias de empréstitos consiguen realizar dichos empréstitos.

La clase industrial, como hemos dicho en el primer

cuaderno, está completamente organizada por medio de la Banca, que liga entre sí todas las ramas de la industria; por medio de los banqueros que entrelazan a los industriales de todas clases. Así vemos cómo los esfuerzos de los industriales pueden combinarse fácilmente, para alcanzar un interés que les sea común. Los jefes de la industria, es decir, los más importantes industriales, todavía no han sacado partido, en política, de las ventajas que resultan para ellos de la organización de la clase industrial. Nosotros les ofrecemos, en esta ocasión, el medio de utilizar todas las ventajas que otorga dicha organización, para alcanzar la más grande meta política a la que pueden pretender: establecer el régimen industrial; y no dudamos de que la adoptarán con verdadero interés.

P. – Pero, ¿no están prohibidas por la ley las peticiones colectivas? ¿No podrían los procuradores del rey oponerse a la firma de vuestro *placet* por las personas interesadas en presentarlo?

R. – Todos los franceses tienen derecho de someter al rey, individual y colectivamente, todas cuantas ideas juzguen útiles para la prosperidad del estado, siempre y cuando la exposición de sus deseos revista formas convenientes; una ley que prohibiese la comunicación directa de los sentimientos y de los pensamientos entre el Rey y sus súbditos sería una ley monstruosa y degradante para el trono, al igual que para la nación.

Por otra parte, ni siquiera hay necesidad de que el

placet sea firmado para alcanzar la meta; para ello, basta que todos los industriales lo hayan leído, y que públicamente declaren que hacen suyas las ideas que contiene y que están convencidos de que el único medio por el cual el rey puede asegurar la tranquilidad de Francia, así como de dar a la prosperidad nacional todo el desarrollo del cual es susceptible, consiste en encargar a una comisión integrada por los más importantes industriales la tarea de preparar el proyecto de presupuesto. De este acuerdo del criterio político de los industriales resultará, necesariamente, un rumor público tan fuerte, un deseo nacional tan intensamente pronunciado, a la vez que tan concreto, que los esfuerzos de los ministros y de los cortesanos para impedir que la atención de Su Majestad se fijase en tal opinión serían totalmente insuficientes.

En cuanto al temor que pretendéis nos inspiren los procuradores del rey, os diremos que tenemos poderosas razones para creer que no están mal dispuestos con relación a nuestras ideas, pues están marcadas con el sello del más puro realismo, de un realismo mejor definido que el de los ultra, quienes, en realidad, no son partidarios más que del sistema aristocrático por derecho de nacimiento.

P. – Pasemos al examen de lo que concierne a Inglaterra y decidnos por qué medio los ingleses pueden establecer en su país el régimen industrial.

R. – Para que los ingleses establezcan en su país el

régimen industrial puro, sin utilizar para ello procedimientos violentos, es preciso que su parlamento otorgue una ley que abrogue las substituciones, y es preciso que otorgue otra que declare muebles las propiedades territoriales.

P. – Se nos antoja imposible que el parlamento de Inglaterra consienta en otorgar estas dos leyes, porque dicho parlamento, tal como vos habéis establecido, está sometido a la influencia de los pares. Los lores, por una parte, dominan el poder real y, por otra, la Cámara de los Comunes; y siendo tales leyes contrarias a los intereses feudales, que son los más importantes para ellos, así como más apreciables para ellos que los industriales, necesariamente impedirán que sean otorgadas.

En una palabra, la adopción no nos parece que pueda ser conseguida por medios legales y pacíficos, pues los lores poseen el poder para oponerse y que sólo ellos tienen la autoridad suficiente para hacerlos pasar. De cuanto acabamos de decir, sacamos la conclusión de que Inglaterra no puede llegar al régimen industrial más que por el camino de la insurrección.

R. – No cabe la menor duda de que los franceses pueden establecer en su país el régimen industrial con mucha más facilidad que los ingleses, porque un simple decreto del rey basta para establecerlo en Francia; pero no deducimos de ahí que la insurrección sea indispensable y necesaria para establecerlo en Inglaterra.

La nobleza inglesa es, de entre todas las noblezas de

Europa, la más instruída; es la que mejor conoce la importancia de la industria; no hay un solo lord que no esté más o menos interesado pecuniariamente en empresas industriales. Añadid a eso que el pueblo inglés tiene un amor propio nacional que le lleva a no dejarse avanzar por ningún otro pueblo. Según estas razones, pensaréis como nosotros que poco tiempo después del ejemplo que habrán dado los franceses en el establecimiento del sistema industrial, todos los ingleses, sin apenas excepción, poniendo, en esta circunstancia sus intereses particulares a un lado, trabajarán de común acuerdo para establecerlo en su país.

P. – Recapitulando y completando la opinión que habéis manifestado a lo largo de la presente conversación, hallamos cuanto sigue:

1º Que la especie humana siempre ha tendido hacia la meta del establecimiento político del sistema industrial.

2º Cada pueblo ha seguido un camino distinto y ha adoptado una marcha particular para alcanzar dicha meta.

3º Las naciones francesa e inglesa son las que se hallan más próximas a la meta. La nación inglesa parece estar mucho más cerca que la nación francesa, pero no es más que una ilusión; la nación francesa es la que en realidad está mucho menos alejada.

4º En Francia, un simple decreto, por el cual se encargase a los industriales más importantes de la tarea

de preparar el presupuesto, bastaría para establecer el régimen industrial, y dicho decreto sería obtenido, sin duda, si la clase industrial, que en Francia está compuesta por más de veinticinco millones de hombres, suplicase al rey que considerase que dicha medida aseguraría la tranquilidad del trono y la prosperidad de la nación.

5º Cuando la nación francesa haya establecido en su país el régimen industrial, la nación inglesa no tardará en imitar su ejemplo.

6º Cuando el régimen industrial se haya establecido en Francia e Inglaterra, todos los infortunios a los cuales estaba destinada la especie humana en tanto durase el tránsito del régimen gubernamental al régimen industrial se habrán terminado cuando todas las fuerzas gubernamentales existentes en el globo terráqueo se vean inferiores a la fuerza industrial establecida en Francia e Inglaterra; la crisis habrá concluído, porque no existirá más lucha, y todos los pueblos de la tierra, bajo la protección de Francia y de Inglaterra unidas se elevarán, sucesivamente y tan pronto como lo permita el estado de su civilización, al régimen.

Y ya que estáis convencidos de la justicia de estos seis asertos, lo mejor que podéis hacer es emplear todas vuestras fuerzas y medios para decidir a los industriales franceses a que presenten al rey el *placet* cuyo proyecto habéis concebido; y una vez conseguida esta gestión, mediante un encadenamiento de acontecimientos suce-

sivos, efectuar la mayor mejora de que sea susceptible la especie humana.

R. – Sí, desde luego, el primero y principal fin de todos nuestros trabajos es determinar a todos los industriales de Francia, es decir, más de veinticinco millones de hombres, es decir la inmensa mayoría de la nación, a solicitar al rey, de común acuerdo y mediante un *placet* firmado por todos ellos, que encargue a los industriales más importantes la preparación del presupuesto.

Porque estamos convencidos de que tal medida haría cesar el régimen de *parlanchinería* y *leguleyería* bajo el cual vivimos hoy en día, régimen bastardo que ha sucedido al régimen militar; régimen ruinoso, pues ya ha elevado el presupuesto a la enorme suma de mil millones.

Porque estamos igualmente convencidos que esta medida, al colocar en las manos de los verdaderos creadores de la prosperidad nacional la alta dirección de la riqueza pública, mejorará el destino de la nación francesa con toda la rapidez posible.

Tras haber adquirido esta certeza, una segunda pregunta acude a nosotros: *¿Cuáles son los mejores medios que debemos emplear para conseguir que los industriales efectúen dicha solicitud a S.M.?*

Hemos llegado a la conclusión de que debían ser empleados dos medios principales: que, por una parte, debíamos probar a los industriales que esta medida les procuraría todas las ventajas sociales a las cuales podían

aspirar; que dicha medida no tendría ningún inconveniente, porque ellos son más capaces que cualquier otra clase de administrar bien la riqueza pública. Que, por otra parte, debíamos facilitar a los industriales dentro de lo posible, los medios para formular esta solicitud en número suficiente para llamar la atención de S. M.

Igualmente, hemos reconocido que debíamos emplear alternativamente ambos medios hasta que el éxito de nuestra empresa haya coronado nuestros trabajos.